

EL TEATRO DE LOS HORRORES

CURTIS GARLAND


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CURTIS GARLAND

EL TEATRO DE LOS HORRORES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 229
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 20.616 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Era un sábado por la noche.

En cualquier otra noche, el pequeño local de la estrecha calle del Soho londinense, hubiera tenido también su público fiel, y bastante numeroso. Pero las noches de los sábados eran diferentes. El público llenaba el teatro en doble número del habitual. En algo tenía que notarse que era una víspera de festivo. En otra clase de locales, eso no se hubiera advertido. Pero cierto tipo de espectáculos, tenían un público distinto.

Y, evidentemente, el Morgue Hall era justamente eso: un teatro distinto. Muy distinto a todos los demás de Londres.

El programa que por entonces se representaba, ya era todo un poema, La cartelera no podía resultar más expresiva:

¡UN ESPECTACULO EXCLUSIVO EN EL ESCENARIO DEL MORGUE HALL,
EL PRIMER TEATRO DE «GRAND GUIGNOL»
DE LONDRES! CADA NOCHE, VEAN:
EL SANGRIENTO DRAMA EN DOS ACTOS,
«LA NOCHE DE LA DAMA ASESINA»
Y DESPUES, GRAN FIN DE FIESTA CON:
EL VAUDEVILLE DE MARJORIE MAXWELL,
CON LOS «ENANOS MARAVILLOSOS»...
¡Y CON EL «DOCTOR MISTERY» Y SU CRIATURA MONSTRUOSA Y FANTASTICA, QUE SOLO EL PUEDE CONTROLAR Y DOMESTICAR!

Ese era el gran programa de la velada en el Morgue Hall, el teatrillo de ínfima categoría artística, situado en aquel callejón de Soho, el Golden Lane, a espaldas de la vieja iglesia, noche tras noche.

Y noche tras noche, también, un público ingenuo o malicioso, que de todo había, iba allí, a llenar la platea, los palcos recoletos y las altas localidades populares, para admirarse, asombrarse..., o burlarse del espectáculo, entre ingenuo y morboso, que la compañía de turno ponía en escena. Allí, nadie se llamaba a engaño. Todos sabían lo que iban a ver. Y lo veían de buen grado. Ciertas noches, como aquel sábado, gente de etiqueta, un público más selecto, pero por ello también más difícil y escéptico, invadía las butacas tapizadas de rojo oscuro, que ponían su contraste eterno con los dorados recargados de la vieja sala teatral.

—Cierra la taquilla —suspiró el gerente, dirigiéndose al taquillero que acababa de despachar las penúltimas entradas de platea—. Quedan sólo diez localidades, y están ya comprometidas para unos amigos que llegarán un poco tarde.

—Bueno... —el taquillero se encogió de hombros—. Eso no les gustará a

los que guardan cola, pero... ¡qué vamos a hacerle!

Y haciendo un expresivo gesto a los que restaban por adquirir su entrada, cerró la taquilla con el tablero donde figuraba la mágica palabra, siempre deseada por cualquier empresa de espectáculos: «AGOTADAS TODAS LAS LOCALIDADES».

Hubo un murmullo de decepción, protestas e incluso algún que otro golpe en el cierre de la taquilla. Pero no pasó de ahí. La gente regresó a sus carruajes de caballos o, simplemente, caminó hacia algún otro teatro cercano, más selecto, pero también, en el fondo, menos divertido que el Morgue Hall, con sus terribles y espeluznantes melodramas de sangre, cadáveres, muerte y horror.

Por si eso fuera poco, estaba luego, al final de la representación, las variedades de Marjorie Maxwell, con su carga de erotismo, de picardía... y también de inevitable angustia y sobresalto, con actuaciones como las de sus desagradables enanos y la del llamado «Doctor Mistery», con su animal domesticado, encargado de provocar el pánico en el público más ingenuo y simple de la sala: una gigantesca serpiente de escamas negras, grises y plateadas, de enorme cuerpo grueso, larguísimo, cabeza amenazadora, de maligna mirada, capaz de triturar entre sus poderosos anillos a cualquier criatura viviente.

Era un ejemplar soberbio y temible, de la demoledora pilón, y resultaba sorprendente y espectacular la forma en que el llamado «Doctor Mistery», y su bella partenaire, la joven y escultural Yvonne Durand, la francesita pelirroja, manejaban, dentro de un recinto enrejado que se situaba en el escenario, manipulaban al pavoroso reptil, entre gritos de horror y escalofríos de angustia del sencillo público, en especial de las damas presentes en el local.

Las alambradas, lógicamente, eran lo bastante espesas para que el cuerpo del reptil, viscoso y deslizante, capaz de introducirse por cualquier rendija asequible a su propia capacidad de adaptación, en este caso no pudiera tener el menor resquicio posible para evadirse y amenazar al público o a otros componentes del teatro, ya fuesen artistas o simples tramoyistas.

El propio Doctor Mistery lo anunciaba dramáticamente al público, antes de iniciar el número con el reptil amaestrado y la semidesnuda Yvonne Durand dentro del recinto alambrado:

—¡Señoras y señores, asisten al prodigio de nuestra época! ¡Un animal salvaje, un monstruo temible y mortífero, por vez primera en un escenario, será juguete, aparentemente dócil, entre las manos de una hermosa mujer! ¡Acaso es la primera ocasión en que la Bella y la Bestia aparecen ante el público, para el triunfo de la primera, sin siquiera un gesto de terror o un momento de nerviosismo! ¡Porque ella, y sólo ella, bajo e! poder de mi autoridad sobre el reptil, es capaz de dominar a nuestra terrorífica serpiente pitón, la poderosa «Killer» de nuestro espectáculo! ¿Y saben ustedes por qué la tribu de los nativos que me cedieron a ese soberbio ejemplar de la jungla

salvaje la llamaban en su lengua «Killer»? Muy sencillo, señores... Porque ese reptil, ese monstruo que ustedes verán deslizarse sobre la piel blanca de nuestra seductora mademoiselle Durand... ¡es un auténtico asesino, un ser capaz de matar, de aniquilar a cualquiera, con el abrazo mortal de sus terribles anillos (*Killer: en inglés, matador o asesino*)! Y lo haría, ciertamente, si tuviera una ocasión, una sola, en que pudiese escapar a mi influjo, se lo aseguro. En ese instante mismo, mí bella compañera estaría en inevitable peligro de muerte... y me temo que nada ni nadie podría evitar que su hermoso cuerpo fuese destrozado por esa criatura que no conoce la piedad... Así, señoras y señores, van a asistir ustedes a un verdadero duelo entre mi inteligencia, mi autoridad... y el poder salvaje y la instintiva crueldad de «Killer»... con la vida y la seguridad de una maravillosa muchacha de por medio. ¿Qué mayor emoción puede existir, por tanto, sobre un escenario?

Y, ciertamente, los escépticos, los que iban al tea- trillo perdido en el Soho por un simple afán de burla o de ensañamiento en el ingenuo espectáculo repleto de sangre, de horrores melodramáticos... y en su parte final, incluso del tremendismo de los «enanos maravillosos» —auténticos monstruos deformes, con cuerpos encogidos o jorobados, y rostros de auténticas gárgolas—, movidos por Marjorie Maxwell, otra seductora, madura y rubia matrona, de pechos exuberantes y caderas ampulosas, y que en escena parecía ser morbosamente adorada, obedecida y acariciada, incluso, por sus siete horribles criaturas, verdadera imagen deforme y maligna de los inefables «enanitos» de Blancanieves. La propia Marjorie Maxwell, con su rostro vicioso y sus ademanes procaces, con sus insinuaciones de deshabillé, jugando con sus formas opulentas, casi exageradas, no era sino un remedo bastante obsceno de la delicada heroína del cuento de hadas.

Pero todo eso, formaba parte del Morgue Hall y su tradición. Nadie iba a aquel teatrillo sino a presenciar horrores y aberraciones sin cuento. Por lo general, el público que pagaba por entonces unos cuantos chelines por la entrada, salía satisfecho de lo que le servían.

Y, a fin de cuentas, eso es lo que convenía al negocio.

Opale Bentley, la joven actriz, nunca pensó llegar a quedarse allí, sino como simple meritoria o aprendiza de actriz. Pero las circunstancias complicaron considerablemente sus propósitos. Y allí seguía. Ahora como dama joven, representando el segundo papel en la tremebunda «Noche de la Dama Asesina», detrás de la ya prestigiosa actriz de grand-guignol, Belinda Drake.

Las circunstancias así lo habían decidido, al morir víctima de un trágico accidente la anterior dama joven, en el propio escenario del teatro, y viéndose obligada la empresa a ofrecer el papel de la difunta a la joven meritoria.

Opale, ilusionada con aquella oportunidad que toda actriz soñaba siempre, accedió a substituir a la desaparecida. Y triunfó.

Su éxito en el papel fue considerable, mitad por su dulzura, mitad por su belleza y juventud, ya que las interpretaciones en aquella clase de obras, no

exigían mucho más. Todo el peso de la representación, de la fuerza dramática, estaba a cargo de Belinda Drake, como primera figura de la obra y de la compañía. Y como amante del empresario, Herbert Lee, por supuesto.

Pero Opale se sentía satisfecha con los aplausos que cosechaba en dos o tres escenas del melodrama, así como por el salario que le habían fijado, al aumentar de categoría artística. Jamás pudo imaginar que, en tan corto espacio de tiempo, pudiera llevar a ver su nombre en las carteleras, en caracteres destacados, y que su sueldo pudiese salir de los mínimos establecidos.

Las cosas le iban bien, por tanto. Quizá demasiado bien, en una carrera tan dura y difícil como era el teatro.

Hasta que, de repente, un día todo cambió para Opale, y las cosas ya no fueron tan fáciles.

Ni para ella, ni para el teatro de grand-guignol de aquel callejón del Soho. Fue cuando la tragedia, una tragedia real y escalofriante, estalló en el Morgue Hall, con imprevisible virulencia...

* * *

Todo comenzó aquella noche del frío diciembre de 1885.

Fue un suceso aparentemente trivial el que desencadenó el cúmulo de horrores que iban a convertir el teatrillo en centro de los más trágicos acontecimientos imaginables.

Algo que, incluso en aquel escenario destinado a representar sangrientas peripecias, y por el que desfilaban los más abominables monstruos humanos de maldad, perversión o crueles instintos, iba a hacer palidecer todo cuanto los autores de turno escribían para ser allí representado.

Y, además, esta vez no se trataría de ¡a representación de un libreto más o menos terrorífico, sino de una desnuda y espeluznante realidad...

Una realidad que comenzó, para Opale Bentley, el día en que se quedó sola en el teatro, quitándose el maquillaje tras la representación.

Había recibido la visita de unos admiradores, que enviaron flores a su camerino, y no advirtió que, mientras les atendía, el vaudeville de última hora transcurría, y con mayor brevedad que de costumbre, a causa de la supresión del número de los enanos, por enfermedad momentánea de Marjorie Maxwell.

Cuando quiso darse cuenta, todo el personal estaba ya fuera del recinto, y el viejo conserje del teatro le advertía, golpeando suavemente en la puerta del camerino, de que iba a cerrar la puerta del escenario en breve plazo,

Opale le dio las gracias por el aviso, y le rogó que esperase diez minutos. Era todo lo que necesitaba para cambiar su traje de la representación por el de calle.

—Está bien, señorita Bentley —dijo el conserje entonces—, La esperaré abajo, en la conserjería. Cuando usted salga, cerraré. No tiene tampoco que apresurarse. Yo tengo toda la noche para deambular por el teatro.

Ella, pese a todo, se apresuró cuanto le fue posible. No quería causarle demasiadas molestias al viejo Yancy Carey. Cierto que se quedaba toda la noche allí, vigilando el teatro vacío, pero eso no era motivo para tenerle en la cabina inmediata a la salida del escenario, más tiempo del que el acostumbraba a pasar allí, antes de efectuar su rondas habituales y, posiblemente, echar su sueño en alguno de los confortables muebles del escenario, a la espera del nuevo día y de las mujeres de la limpieza.

En diez minutos justos, Opale estuvo a punto. Recogió su capa, que se echó sobre los hombros, tomó uno de los ramos de flores de sus admiradores, oliendo las mismas con fruición, y echó a andar hacia la salida, bajando la angas la escalera de acceso a los camerinos, en dirección al escenario, ahora silencioso, desierto y sólo iluminado por una débil luz de gas, allá al fondo del muro de ladrillos que los decorados cubrían noche tras noche.

Sus pisadas resonaban con extraña y hueca sonoridad en el vacío silencio del teatro. Se quedó mirando al patio de butacas, enorme bosque de asientos tapizados de color granate y bordeados de pintura dorada, como los palcos y la embocadura del escenario, y se dijo que un teatro vacío era un lugar muy triste. Las luces, la presencia del público y la ficción en la escena, cambiaban todo aquello, para convertirlo en algo fascinante.

Opale cruzó la escena vacía y en penumbras. Recorrió el escenario hacia el corredor del fondo, que conducía a la salida posterior, la de los artistas, a un callejón todavía más angosto y oscuro que aquél en que se hallaba la entrada principal al local.

Fue entonces cuando sucedió.

Fue entonces cuando Opale lanzó un largo, desgarrado grito de terror, que retumbó en todo el teatro, despertando ecos siniestros en las bambalinas del escenario, en la vacía platea, en los recónditos y sombríos rincones de los pisos altos del teatro...

Y los ojos azules y grandes de Opale Bentley se dilataron, con expresión de pánico, fijos en un punto del escenario, frente a ella...

CAPITULO II

Era un cuerpo.

Un cuerpo humano. Colgaba cabeza abajo de una de las bambalinas, una de las últimas, ya camino de la salida del escenario. Oscilaba siniestramente ante ella, como un péndulo, como un contrapeso de algún telón escénico, en el que se hubiera sustituido el habitual saco de arena por una forma humana, bañada en sangre de arriba abajo. Sangre seca, coagulada, que no goteaba, pero que empapaba las ropas, el rostro desfigurado, los cabellos, erizados y resecos, las manos crispadas, que colgaban como garras espantosas, remedando acaso un imposible intento de aferrar el vacío mismo. Las manos aquellas, los dedos engarfiados, aparecían enrojecidos, oscuros, por el baño de sangre que los envolvía.

Una luz de gas, procedente de uno de los muros de ladrillo del Morgue Hall, proyectaba una claridad espectral sobre la espeluznante figura que se interponía ante los pasos de Opale.

La joven siguió chillando, despavorida; de sus manos escaparon las flores, dispersándose al pie del cuerpo colgante, atado por los pies, y corrió en dirección a la salida más próxima, aquella que conducía al callejón trasero, mientras en el suelo, ante su horrorizada mirada, se veían las oscilaciones del cadáver rígido, aterrador, suspendido de las oscuras alturas del escenario.

Alcanzó el breve corredor hacia la puerta de salida, iluminado por dos faroles murales de gas. Al final, se descubría la salida, y a su lado el cubículo de paneles de vidrio, donde acostumbraba a pasar sus largas noches de vigilancia el conserje del teatro.

Un verdadero horror sin límites le invadió cuando descubrió que no había nadie en la conserjería. A sus espaldas, algo chirriaba siniestramente, tal vez la cuerda de la que pendía el cuerpo bañado en sangre, irreconocible y atroz.. O quizá las maderas viejas del suelo del teatro, pisadas por algún ser diabólico...

La idea erizó los cabellos rojos de la muchacha en su nuca. No tuvo suficiente valor para mirar atrás, para comprobar si aquella idea estremecedora era cierta o totalmente falsa. Lo cierto es que siguió adelante, pese a que el viejo Carey no estuviese en su lugar habitual.

Cuando alcanzó la conserjería, miró desesperadamente a través de los paneles de vidrio, forcejeó con la puerta encristalada, pugnando por entrar, por ver si allí dentro se hallaba, pese a todo, el buen hombre, quizá sorprendido por un temprano sueno.

Pero no era así. Yancy Carey no estaba en la conserjería. No había absolutamente nadie allí, excepto ella... y el terrible ahorcado de las bambalinas.

Presa de una tremenda crisis histérica, notando que todo su cuerpo se convulsionaba, presa del más vivo de los terrores, Opale golpeó a la

desesperada aquellos vidrios, en un esfuerzo que, instintivamente, sabia completamente inútil, pero que, sin embargo, la tranquilizaba en cierto modo, porque quizá alguien acudiera en su ayuda, saliendo de las tinieblas de aquellos recónditos ángulos del teatro donde los ojos sólo captaban la existencia de masas de sombra, y la imaginación intuía horribles formas vivientes, acaso monstruos capaces de precipitarse sobre ella, en un aquelarre sangriento y demoníaco, que ella ni siquiera era capaz de imaginar.

Cayó de rodillas, sollozante, golpeando con fuerza los vidrios con sus puños cerrados, sin conseguir absolutamente nada. Pegó su rostro al cristal, notó que ardía su piel, en contraste con el frío de la polvorienta superficie. Las lágrimas corrieron por su faz, y moja ron los vidrios, mezclándose con el polvo, en una especie de barrillo sucio.

Luego, de repente, una sombra humana se dibujó a espaldas de la muchacha, agigantándose enormemente sobre los cristales de la conserjería, y unos dedos apretaron su hombro.

Opale exhaló un grito ronco, sintió que todo oscilaba en torno de ella, y un frío glacial partió de su corazón y de su espina dorsal, coincidiendo en el cerebro. Paralizados sus movimientos, sus cuerdas vocales, sus sentidos todos, notó que se desplomaba en el corredor mal iluminado, a los pies de la sombra humana erguida ante ella, como materializada desde las tinieblas.

—Señorita Opale... —murmuró Yancy Carey, con gesto de asombro, inclinándose hacia ella, su mano tímidamente encogida, tras tocar su hombro —. Por Dios, señorita, pero ¿qué... qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

* * *

—Ya está bien... —suspiró el doctor Cedric Johnson, echándose atrás y cerrando su maletín suavemente—. Por fortuna, no era nada serio, Carey, ya se lo dije. Un simple desvanecimiento...

—Sí, pero ¿por qué? —Murmuró el viejo conserje, rascándose sus canosos cabellos con aire de perplejidad—. Parecía tan aterrorizada... Ni siquiera me miró cuando me acerqué a ella. Se limitó a gritar... y cayó ahí fuera...

—Lo sé —el médico del teatro esperó, con la mirada fija en el pálido rostro de la muchacha tendida sobre el apolillado sofá que el viejo Carey tenía por toda comodidad en su pequeño cubículo de la salida de artistas—. La señorita Bentley es muy joven, tal vez impresionable... y el género que se cultiva en este local no es el más adecuado para personas sensibles, usted y yo lo sabemos. Es fácil que se presente un día cualquiera una crisis nerviosa, y eso es, sin duda, lo que ha sucedido. De todos modos, esperemos a que ella misma nos lo explique... Mire; ya abre los ojos...

Era cierto. Los claros y hermosos ojos ingenuos de Opale Bentley se abrían ya, con débil parpadeo, mirando aturdidamente a los dos hombres. Por unos instantes, pareció confusa, como si no recordase nada de lo ocurrido. Incluso murmuró, con un hilo de voz:

—Dios mío... ¿Qué ha pasado?...

—No sé, señorita Bentley... —habló el doctor Johnson—. Carey subió a llamarme a mi consultorio, diciéndome que estaba usted inconsciente... Esperamos que nos diga usted misma qué es lo que realmente le ocurrió...

Los ojos de Opale se desviaron de los rostros de ambos hombres, fijándose más allá de las vidrieras, en el corredor vacío, en las luces de gas que salpicaban las sombras del viejo teatro desierto.

Un escalofrío agitó su esbelto cuerpo. El horror acudió a su mente con súbita virulencia. Evocó, de pronto, en su tremendo dramatismo, la escena dantesca que presenciara en el escenario...

—¡Oh, no, no! —Gimió, palideciendo todavía más, y ocultando el rostro entre las manos—. Fue ese... ese horrible cuerpo colgado del techo... El hombre ensangrentado...

—¿El... qué? —indagó, con gesto de estupor, el médico. Su rostro anguloso, enmarcado por las largas, frondosas patillas canosas, se enfrentó al no menos atónito del conserje de noche, y los dos hombres cambiaron una mirada de verdadera extrañeza.

—El cadáver... —sollozó Opale, sacudida por espasmos nerviosos—. ¡Ese horrible cadáver, doctor Johnson! ¡Cuelga allí, en el escenario... de las bambalinas!...

El médico del teatro se puso en pie. Era muy alto y delgado. Su negra levita le hacía parecer todavía de mayor estatura y delgadez. Se encaminó a la salida del cubículo de Carey, pero Opale le detuvo con un gemido.

—No, por Dios... No me deje... —suplicó—. Hay algo... algo horrible en este teatro, lo presiento...

—Está bien —suspiró el doctor Johnson. Se inclinó. Tomó en sus manos las yertas y frías de ella. Las oprimió con calor—. No me muevo de aquí, no tema. Usted, Carey, vaya al escenario, se lo ruego. Vea si es cierto lo que ella dice...

El conserje asintió, con un encogimiento de hombros, aunque miró con cierta aprensión al corredor en sombras, iluminado sólo por los dos azulinos mecheros de gas. Salió de la conserjería y caminó hacia el escenario, situado tras el recodo de ladrillo que formaba el pasillo de salida.

—Es algo espantoso, doctor —gimió Opale, apretando las manos del médico con fuerza—. Nunca había visto a ese hombre. No le conozco de nada. Pero su aspecto... era aterrador. Colgado por los pies, de una de las cuerdas de los telares. Está bañado en sangre, como si le hubieran dejado desangrar por alguna terrible herida que no alcancé a ver...

—¿Está segura? —Dudó el doctor Johnson—. ¿Vio usted eso en el escenario?

—Claro que sí —afirmó ella—. Tan claramente como ahora le estoy viendo a usted, doctor. Era una visión de pesadilla. Carey se lo dirá, igual que yo. Busqué ayuda, pero Carey no estaba aquí. De repente, alguien apareció a mi espalda, me aferró el hombro...

—Era el propio Carey —sonrió el médico, conciliador.

—Sí, tal vez lo fuese. Pero estaba demasiado aterrada para pensar, para razonar. Creo que algo talló en mí... y no recuerdo más.

—Yo... —se detuvo. Miró afuera, a través de los vidrios polvorientos—. Espere. Ahí vuelve Carey. No parece tener mucha prisa...

En efecto. El viejo conserje caminaba despacio. Llegó ante su recinto. Entró en él, mirando preocupado a Opale, luego al doctor Johnson...

—¿Y bien? —Indagó éste, con impaciencia—. ¿Lo vio, Carey?

El conserje se mantuvo unos momentos en silencio. Su rostro aparecía sereno, pero levemente ensombrecido. Ni el más leve asomo de terror aparecía en sus ojos cansados.

—No, doctor —dijo a! fin lentamente—. No vi nada. No hay nada en el escenario... Lo lamento, señorita Opale. Tal vez imaginó usted todo eso...

* * *

Opale tardó en salir de su estupefacto silencio.

Muy pálida, contempló largamente a Carey. Luego, buscó apoyo en el médico. Este se limitó a contemplarla con gesto inescrutable, amistosa la mirada.

—No... —susurró ella—. No es posible... Me... me está engañando, Carey. Trata de… de tranquilizarme. Eso, eso, ¿verdad?

—Lo siento —suspiró el conserje, moviendo negativamente la cabeza—, Dije la verdad, señorita. Todo está normal en el escenario.

—Pero... pero eso no puede ser... —susurró la joven, angustiada—. Yo lo vi... ¡Lo vi! Puedo jurarlo. Cosas así no se imaginan...

—A veces, sí —afirmó, calmoso, el médico—. Sobre todo, si se es impresionable, si se trabaja en un género como el que usted representa en el escenario, día tras día... Además, su esfuerzo psíquico en poder representar un papel importante, por vez primera en su vida profesional... Todo eso produce, a veces, crisis nerviosas, estados de excitación...

—¡Doctor! —Opale te miró, horrorizada—. ¿Está pretendiendo decirme que veo lo que no existe, que he imaginado la existencia de ese cuerpo colgado boca abajo? ¿Duda usted de mi razón, de mi equilibrio mental?

—No, señorita Bentley, no es eso. Se trata sólo de...

—Por favor —pidió ella, con energía—. Quiero comprobar eso por mí misma. Vamos al escenario. ¿Me acompaña, doctor?

—Claro —la miró, preocupado—. ¿Cree que es absolutamente necesario que usted...?

—Sí —sostuvo ella, con insólita firmeza—. Se lo ruego, doctor.

—Está bien —suspiró el médico—. Adelante... Es posible que esto logre tranquilizarla más que cualquier duda que persista en su mente...

La tornó por un brazo. Salió con ella de la conserjería, seguido por Yancy Carey. Los tres recorrieron el pasillo: doblada la esquina, se encararon con el

vacio escenario y sus escasas luces de gas dispersas.

Opale Bentley contempló largamente la embocadura, las bambalinas, los bastidores, la oscuridad insondable de los telares, allá sobre sus cabezas...

Nada.

Nadie.

El viejo Carey tuvo razón. Allí no había rastro de ser alguno, vivo o muerto. En alguna parte del teatro, sonó un susurro ronco, un deslizamiento viscoso y siniestro, que se captó nítidamente en el silencio.

Opale apretó con fuerza el brazo del médico. Este se limito a murmurar a media voz:

—Es «Killer»... Recuérdelo, señorita Bentley. Está abajo, en el foso, en su encierro de seguridad. Produce ese ruido habitualmente. No es nada anormal.

«Killer».. Se estremeció ella. La gigantesca serpiente tropical, de malignos ojos negros y menudos, como cabezas de alfiler... Su ruido era algo familiar a la compañía del Morgue Hall. No constituía ninguna anomalía inquietante.

Pero lo otro... el cadáver sangrante, colgado de los telares... ¿dónde estaba ahora?

Yancy Carey tuvo razón. Allí no había absolutamente nada.

Miró al suelo, a las tablas mal alumbradas por la claridad azul del gas de los mecheros adosados a los muros de ladrillo. Algo vago, confuso, flotó por su mente. Pero no supo localizar qué era exactamente. Quizá la voz suave del doctor Johnson, a su lado, contribuyó a desviar sus pensamientos por otro sendero:

—¿Lo ve, señorita Bentley? No es nada preocupante. A veces, podemos imaginar cosas, sobre todo si estamos nerviosos, impresionados por el ambiente que nos rodea. Vaya a su casa, descanse tranquila esta noche. Le voy a administrar unas tabletas que le harán mucho bien. Conciliará fácilmente el sueño. Y mañana será otro día. Vendrá como nueva al teatro, y ese tonto juego de su imaginación se habrá disipado. En lo sucesivo, la cuidaré adecuadamente, la medicaré para fortalecer sus nervios. Trabajando en obras tan horribles como la que ahora se representa, todo es posible en una muchacha joven y sensible... Vamos ya. Creo que, aquí, está todo visto. Yo la acompañaré en mi carruaje, si vive lejos de] teatro...

—No, no se moleste, doctor —musitó ella—. Vivo ahí enfrente mismo, al final del Golden Lane... En la casa de huéspedes de la señora Crisp...

—Oh, entiendo. Vive usted sola... en una pensión.

—Sí. Mi familia reside en York. Yo vine a Londres sola, a abrirme camino en el teatro... Soñaba con interpretar a Shakespeare, pero ya ve lo que hago...

—Cualquier camino es bueno para llegar a la meta propuesta. Los principios son siempre difíciles, señorita Bentley. Y usted ya empieza a ser famosa, cuando menos aquí. Vi su actuación esta noche. La felicito. Es una gran actriz. Y muy bella...

—Gracias, doctor —ella miró de nuevo a los telares, a los contrapesos, a las cortinas de la embocadura, con un estremecimiento—. Pero..., pero sólo

trata de distraerme, de hacerme olvidar... Sin embargo, le juro que yo vi... vi a aquel hombre ahí. Y yo...

—Está bien. Ya le di una explicación razonable. De todos modos, informaré a la empresa del teatro. Ya sabe que tengo un consultorio aquí arriba, en la planta alta, destinada a oficinas de la empresa. Hablaré con el señor Lee sobre la cuestión, y se investigará a fondo en el local, por si algo anormal ocurriese. No tema que nadie tome, aquí, a burla sus explicaciones. Ahora, vamos ya. Creo que debe ir a su alojamiento, y descansar...

Se encaminaron a la salida. Todavía Opale miró tras sí en una ocasión, como si fuera posible que, de repente, apareciera de nuevo, pendiendo del vacío, la espantosa visión sangrienta. No lo deseaba, pero tal vez era preferible el horror abierto, a aquellas dudas, aquellas incertidumbres, aquel escepticismo piadoso que advertía en los demás.

Pero aun así, no podía hacer otra cosa. Y aunque su mente era una total confusión en estos momentos, se dejó conducir de forma dócil, hasta el angosto callejón posterior y, poco después, el propio doctor Johnson la depositaba en la pensión de la señora Crisp, al final de Golden Lane, tras haberla hecho ingerir unas tabletas de su botiquín.

Contra lo que esperaba, apenas se acostó en su ha- casa de huéspedes de Sarah Crisp, logró conciliar el sueño.

Un sueño profundo, reparador, del que, súbitamente, la despertó la sensación espeluznante y terrible de que no estaba sola en su dormitorio.

Se irguió, abrió sus azules ojos enormemente, clavándolos en la penumbra de la habitación.

Con un pavor sin límites, descubrió que sus temores eran fundados. ¡Por la ventana, aparecía, colgando sobre la calle, oscilando ante el hueco de la abertura, el cuerpo ensangrentado, pendiendo con una soga atada a sus rígidas piernas!

Y Bugsy, Hockie y Moss, los monstruosos enanos de Marjorie Maxwell, escalaban, con maligna sonrisa, entrando por aquella misma ventana, la mirada fija en su cuerpo semidesnudo, que la pelirroja muchacha pugnaba por ocultar entre las sábanas, estremecida de terror, notando que los gritos se resistían a brotar de su helada garganta, paralizadas sus cuerdas vocales por el propio pánico que la invadía.

Aun así, tal vez hubiera logrado chillar, quizá hubiese sido posible que de sus labios brotaran gritos de terror, implorando auxilio. Pero algo lo impidió.

Con un estremecimiento, la hermosa muchacha descubrió que, en las sombras del dormitorio, había emergido la propia Marjorie Maxwell, rubia, exuberante, de macizas curvas. Esgrimía en una mano un látigo, que hizo restallar sobre las ropas del lecho, rozando amenazadoramente la piel de Opale, e incluso rasgando .su camisón de dormir, justo a la altura de sus pechos.

Los lúbricos ojos de una Marjorie Maxwell lesbiana, se fijaban en sus curvas con avidez. El jadeo de ella le llegó, caliente y estremecido. Opale

supo que iba a desvanecerse de asco.

Los enanos, riendo malignamente, se aproximaban más y más a ella, esgrimiendo afilados cuchillos, con los que pincharon su piel dolorosamente...

Y afuera, al otro lado de la ventana, como colgando del cielo negro de la noche neblinosa de Londres, el cadáver sangrante, colgado de los pies, oscilaba, oscilaba, oscilaba...

La rubia lesbiana estaba ya junto a ella, iba a avasallarla bajo su peso...

Opale, pese a todo, gritó, gritó...

Y, al mismo tiempo, despertó.

CAPITULO III

—¿Qué te ocurre, querida? Estás muy pálida hoy...

No pudo evitarlo. Se estremeció. Eludió la mirada fija de la exuberante matrona, y se limitó a musitar:

—¡Oh, no es nada, Marjorie! He dormido mal esta noche. Además, tuve pesadillas, y el doctor Johnson tuvo que atenderme antes de salir del teatro anoche, a causa de una pequeña crisis nerviosa. Pero ya me encuentro mejor, gracias...

Y se alejó, presurosa, de Marjorie Maxwell y sus tres enanos monstruosos, sonrientes, de grandes cabezas y facciones deformes. La rubia directora del vaudeville, nada dijo. Se quedó atrás, con sus enanos, ensayando algún nuevo truco escénico. Si era lesbiana, y tenía fama de ello, no debía significar nada para Opale.

Después de todo, lo anterior no había existido jamás. Había sido un sueño. Un horrible sueño, con los enanos gateando sobre su lecho, con la perversa Marjorie Maxwell que su mente se había creado, atacándola sexualmente en la alcoba... y con aquel espantoso cadáver colgado en la ventana, salido de la nada.

Ahora estaba tratando, angustiosamente, mientras caminaba hacia su camerino, de delimitar lo real de lo irreal, lo cierto de lo incierto, lo soñado de lo verídico. No era fácil. Ni siquiera podía asegurar que no hubieran sido, todo ello, simplemente sueños y alucinaciones. No quería hablar, este día, con el doctor Cedric Johnson. El médico del teatro le había dado un sedante. ¿Cómo explicar que sueños tan horribles emergieran de su cerebro?

Había oído hablar de un tal doctor Freud, en Viena, que daba significados inquietantes a todo eso de los sueños. Para el médico austríaco, todos los sueños tenían un sentido sexual, un trasfondo erótico y represivo... ¿Qué diría un médico partidario de tales teorías, muy en boga actualmente en Europa toda, si sabía lo que ella había pensado o soñado sobre Marjorie Maxwell? No quería ni pensarlo. Tal vez, incluso, sospecha que ella podía sentir morbosas inclinaciones homosexuales. Y nada más lejos de la realidad, pensó con horror la joven actriz.

Ni siquiera le había preocupado nunca la mala fama de Marjorie en ese sentido. Pero quizá su subconsciente, alterado por los sucesos de la noche, desviaron su actividad onírica en un sentido sinuoso, retorcido. Sí, tal vez era sólo eso.

Pero si la desagradable presencia de la Maxwell y sus enanos había sido pura imaginación, ¿ocurría igual con... con el cuerpo colgado de los telares, el cadáver ensangrentado que había visto en el escenario la noche antes?

¿O no lo llegó a ver realmente nunca?

—Perdone, señorita Bentley. Soy un atrevido al esperarla aquí, pero... confío en que sepa disculparme.

Se sobresaltó. Estuvo a punto de gritar cuando la alta figura, envuelta en una capa negra, de forro de seda carmesí, apareció, como flotando, en el angosto pasillo de los camerinos, junto al lado de la puerta del suyo.

Se tranquilizó al contemplar, el rostro en aquella sombra alta, delgada y ágil, cuya capa parecía flotar como las alas de un enorme murciélago. Dominó sus inquietos, tensos nervios.

No había nada inquietante en aquel rostro. Nada temible ni preocupante. Por el contrario, de repente experimentó la joven Opale una profunda sensación de alivio, de confianza. Como si algo la protegiese, de un modo instintivo y cierto.

—No le había visto antes... —murmuró la joven, serenándose. Incluso trató de sonreír, y lo logró, parada ante su camerino y ante el desconocido caballero—. ¿Qué hace aquí?

—La esperaba, señorita Bentley,

—¿A mí? —parpadeó ella.

—A usted, sí —asintió él gravemente. Sonrió, y su sonrisa era segura, sincera y abierta—. Pero esto está muy oscuro. Es fácil sobresaltarse si no esperaba a nadie aquí...

—Ya pasó —musitó Opale. Estudió al hombre— ¿Qué desea de mí?

—En principio, sólo verla —dijo él con voz profunda—. Ya es suficiente para mí. La veo cada noche, pero desde el patio de butacas. Me preguntaba si era tan hermosa como aparece en el escenario. Ahora veo que las candilejas no la favorecen en nada. Es mucho más bella, más encantadora... y más joven.

Sonrió Opale. Era halagador siempre oír palabras así, en labios de un joven alto, elegante y bien parecido como aquél. Su visitante tenía cabellos oscuros, facciones enérgicas, nariz recta, ojos grises y penetrantes, y unas manos aristocráticas, que sujetaban ahora respetuosamente un sombrero alto, de peluche negro, con reflejos algo mates.

—Es muy amable —dijo suavemente—. Pero va a tener que disculparme. Falta sólo media hora para empezar la representación, y debo todavía vestirme, arreglarme... El teatro exige un tiempo previo para salir a escena.

—Lo sé —se inclinó, cortés—. Mi nombre es Jason Fry. Le confieso que resulta muy difícil entrar hasta aquí para verla. Lo intenté a veces, y fracasé.

—Pero hoy lo ha logrado —le miró curiosamente—. ¿Cómo lo hizo? El señor Lee, el empresario, es muy rígido con esas cosas...

—Se lo diré confidencialmente —sonrió el joven Fry—. Soy escritor aficionado. He escrito una especie de monstruosa comedia para el grand guignol. Ya sabe: mucha sangre, mucho horror, mucho melodrama. Logré una entrevista con Herbert Lee, el empresario de] Morgue Hall, y le he entregado la comedia, que me ha prometido leer. Ello ha sido también un buen pretexto para permanecer aquí un poco más de tiempo, subir a este piso... y esperarla, señorita Bentley.

—Gracias por la atención —ella puso la mano en el pomo de su puerta—. Si en otra ocasión desea visitarme, entregue una tarjeta al conserje para que

me la haga llegar. Puedo autorizar una visita, aunque no siempre Si alguien viene hasta aquí, será usted.

—No sabe lo que significa para mí lo que está usted diciendo —suspiró el joven Jason, con un destello emocionado en sus grises pupilas—. Lo intentaré siempre que me sea posible..., pero sin que jamás pueda resultarle un problema ni una molestia.

—Estoy segura de que nunca será así —Opale abrió su camerino, mirándole risueña—. Hasta otro día, señor Fry.

—No, por favor. Eso me hace sentir viejo. Jason, simplemente. Se lo ruego.

—Está bien... Jason. Hasta pronto —y se dispuso a entrar en el camerino.

—Hasta siempre —fue la respuesta de él—, y le enviaré otro ramo de gladiolos cuando termine la representación. Palabra, señorita Bentley...

Entró ella en el camerino. Cerró la puerta. Se acercó al tocador, y encendió las lámparas de gas, que llenaron la estancia de una suave e intensa luz rosada.

De repente, Opale se quedó como petrificada, delante del espejo oval, de marco dorado. Se miró a sí misma, con ojos repentinamente dilatados por el horror.

¡Gladiolos!

Miró angustiosamente, a través del cristal azogado, al fondo del camerino, el jarrón de vidrio donde, la noche antes, depositara el bello ramo recibido con la tarjeta de «un simple admirador de su belleza», como rezaba, sin firma, en letra angulosa y culta.

El jarrón, naturalmente, estaba vacío.

Tenía que estarlo. Ella misma había retirado de él los gladiolos, la noche antes, llevándolos consigo hacia su pensión. Y después...

Después, había ocurrido todo.

Ahora supo lo que no podía recordar la noche antes cuando, con el viejo Carey y el doctor Johnson, acudió al escenario, para comprobar que no había cuerpo alguno colgando de los telares.

Tampoco estaban las flores que cayeron de sus manos, al huir en busca de ayuda.

¿Por qué?

Si no había nadie en el teatro, si el cuerpo sangrante no existió jamás... ¿quién se llevó las flores y por qué motivo?

«Si las flores existían... y no estaban allí... ¡el cadáver existió, aunque tampoco estaba!» La idea acudió a su mente con la fuerza de un estallido, y se materializó en palabras, hablando Opale consigo misma.

Rápidamente, se precipitó hacia la puerta del camerino, asomó al pasillo, oscuro y largo, por encima de las bambalinas del escenario. Ya era tarde.

Jason Fry, el joven de la negra capa, el hombre que le envió gladiolos, no aparecía por parte alguna. Era natural- Ya se había ausentado, temiendo ser arrojado del escenario por los empleados del teatro.

Permaneció apoyada en la barandilla de madera que asomaba al escenario. Los tramoyistas preparaban la escena inicial, tras el telón echado. Estaban encendiendo las luces de la escena.

—¿Desea algo, Opale?

Casi lanzó un grito. Sacudida por un escalofrío, se volvió hacia donde habíase materializado, como algo surgido de las sombras, un ser humano de voz susurrante, de tono frío y mirada centelleante y profunda.

—Dios mío... —jadeó, apoyándose en la barandilla, asustada—. Me ha atemorizado... Doctor Mistery.

—Por favor, Opale querida... —sonrió con su boca, larga y sin labios apenas, el hombre que dominaba a la terrible pitón llamada «Killer». Sus manos, pálidas y escurridizas, quizá tan viscosas como su propio animal domesticado, se movieron, fantasmales, en la penumbra—. ¿Tan horriblemente feo le parezco?

—No, no es eso... Me sobresaltó. No le había oído acercarse; eso es todo, doctor.

—Mi querida compañera, eso de «doctor» está bien en el escenario y en los anuncios —rió agriamente el domador de reptiles—. Pero mi nombre, entre los amigos y compañeros, es el de Nathan; Nathan Queen para todos, y nada más, ¿comprende?

—Sí, Nathan —evitó mirarle. No le gustaba la mirada oscura, pequeña y fría de su compañero de troupe teatral. A veces, resultaba singularmente parecida a la de su propia serpiente, acaso por ese mimetismo extraño que hace asemejarse entre sí a personas y animales, cuando conviven de modo permanente. Pero una semejanza con un reptil, resulta particularmente desagradable... Tras una corta pausa, intentando serenarse de su nuevo sobresalto, Opale añadió, tranquila—: De todos modos, debería habituarme a su modo silencioso de moverse. Casi nunca le oigo llegar hasta que ya está virtualmente al lado...

—Lo cierto es que no lo pretendo, Opale —la desagradable sonrisa del hombre de la pitón, se mantenía como impresa en el rostro rugoso del Doctor Mistery, aunque los negros ojos menudos no revelaban absolutamente nada, bajo las cejas arqueadas, salpicadas de hirsutos pelos blancos, lo mismo que su larga cabellera en desorden—. Pero tal vez sea cierto que las serpientes le enseñan a uno muchas cosas, aun sin quererlo. Y una de ellas puede ser esa facilidad en moverse silenciosamente, sin hacer ruido...

—Espero que, cuando menos, no aprenda de «Killer» otras cosas, como abrazar mortalmente a sus enemigos...

—Mi querida amiga, si eso fuese cierto, tampoco tendría usted nada que temer de mí —dijo, con una cortesía pegajosa, la fría voz de Nathan—, Yo sé abrazar a las mujeres solamente. Y no para estrangularlas, precisamente, ni para triturar sus huesos, sino para amarlas y ser tierno con ellas...

Sin saber la razón exacta, Opale sintió cierta repugnancia. Las palabras de Nathan Queen, el rimbomban te Doctor Mistery de las carteleras, le

resultaban particularmente desagradables, pegajosas e insinuantes. Pero como una insinuación sucia, malévola.

—Perdone —dijo secamente Opale, regresando a su camerino—. Debo arreglarme de prisa, o llegaré tarde...

Cerró tras sí, y corrió el pestillo, respirando con cierto alivio. Allá afuera, no se escuchó nada. Ni el roce de unos pasos. Nathan podía estar allí mismo, pegado a la puerta, conteniendo el aliento... o haberse marchado como él lo hacía. Silenciosamente, sin producir el más leve ruido...

Respiró profundamente Opale. Observó, en el espejo, que estaba más pálida que antes. Se dejó caer en el asiento, y comenzó a maquillarse para escena. Trató de olvidar muchas cosas. Pero era difícil.

Gladiolos, un hombre colgado de los telares cabeza abajo, bañado en sangre...

Pensó en ir a ver al doctor Johnson nuevamente, para exponerle el detalle del ramo de flores desaparecido. Pero apartó de inmediato la idea de su mente. No confiaba en resolver nada con ello. El médico aceptaría ese nuevo informe tan escépticamente como el anterior, sin darle mayor importancia.

Era mejor intentar olvidarlo todo. Si es que ello era posible...

Ahora, estaba la representación, la escena, lo de cada día. El público, su actuación, sus sueños de actriz y todo lo demás. Debía pensar solamente en eso para que sus temores y aprensiones no arruinaran ahora la carrera que se le presentaba tan llena de esperanzas, de promesas.

Cuando el telón se alzó, y comenzó la representación de «La Noche de la Dama Asesina», los ojos de Opale, involuntariamente, se fijaron en uno de los palcos proscenios del Morgue Hall.

No pudo evitar una leve sonrisa, una inclinación de disimulado saludo a un espectador en particular, que ocupaba aquel palco. Era Jason Fry, el joven de ojos grises y aspecto aristocrático.

Sin saber la razón, su presencia en aquella localidad, tan próxima a la embocadura del escenario, le dio una confianza mayor y renovada. La hizo sentir mucho más tranquila, como si las cosas ya no fuesen tan malas.

Y siguió la representación, como cada día en el escenario del Morgue Hall. Con toda su carga de melodrama, de terror, de angustia, de sangre.

Luego llegaría el vaudeville, con Marjorie y sus enanos, con el Doctor Mistery y su temible pitón gigante, ayudado también por otra mujer pelirroja, pero muy diferente a Opale: Yvonne Durand, la llamativa, voluptuosa ayudante de Nathan, con su melena de color llameante, de un rojo violento, que exhibía en la escena sus formas agresivas, en juego peligroso y sensual con el grueso cuerpo escamoso del reptil mortífero.

El público, como siempre, asistía fascinado, ingenuamente fascinado, al desarrollo del espectáculo. Sólo un hombre, entre todos los espectadores, mantenía una atención fija en una sola persona de la escena, en la belleza, gracia y femineidad de la joven Opale Bentley.

Ese hombre, naturalmente, era Jason Fry.

Opale lo sabía, lo notaba. Se daba cuenta de que aquellos penetrantes ojos grises, nobles y llenos de vitalidad e inteligencia, no se desviaban de ella ni un solo momento, mientras permanecía en escena. Eso, como mujer, no sólo le halagaba, sino que le proporcionaba aquella singular sensación de seguridad, de confianza.

En el acto final, culminó la tragedia escénica, entre aplausos entusiastas, dirigidos a un mutis dramático —el último en la representación— de Opale Bentley. La joven se retiró a su camerino con expresión feliz, tras agradecer al público ese premio.

—Enhorabuena, querida —dijo Marjorie Maxwell, que venía de los camerinos, escoltada como siempre por su cohorte de enanos ruidosos, feos y deformes. Palmeó cariñosamente la mejilla de Opale, y ésta de nuevo experimentó aquella incómoda sensación de desagrado, evocando su pesadilla de la noche anterior—. Lo haces cada día mejor...

—Gracias, Marjorie —murmuró con rapidez, alejándose.

En la angosta escalera ascendente, se cruzó con la otra pelirroja, Yvonne, que venía hacia el escenario para preparar también su número con el Doctor Mistery y la temible «Killer», cuyos siniestros bufidos eran audibles ahora, en la gran cesta de mimbre retío, que unos tramoyistas conducían, mediante una pequeña grúa, hasta una plataforma del escenario, desde donde sería luego deslizada hasta el mismo, abriéndose mecánicamente para dar suelta al anillado monstruo, y provocar en el ingenuo público el inevitable chillido de terror.

—Hola, Opale —saludó Yvonne, cuyos muslos desnudos brillaban con dorada tersura a la claridad de las luces de gas del escenario, mostrando su bella línea sobre los altos tacones de sus zapatos de lentejuelas. El tejido de seda se ceñía luego a su cuerpo, desde las agresivas nalgas hasta los espléndidos pechos macizos, que casi rebosaban su prieto encierro escarlata —. ¿Esos aplausos eran para ti?

—Pues sí —sonrió la joven actriz—. El público es muy benévolo...

—No, querida. Tú eres muy buena actriz —suspiró Yvonne—. ¡Lástima que tengas que conformarte, de momento, con esta bazofia de teatro! Espero que llegues muy arriba. Y hazme caso: vete de aquí cuanto antes. Este teatrucho y su gente me dan miedo, a veces.

—¿Miedo? —se detuvo súbitamente Opale, a mitad de escalera, crispando su mano sobre la barandilla. Se volvió, mirando a la llamativa pelirroja—. ¿Por qué?

—Bueno, seria largo de explicar —musitó Yvonne

Durand, mirando en torno con cierto aire inquieto—. Pero... hazme caso. Hay algo... sucio, innoble, en todo lo que nos rodea. Algo que cualquier día puede convertirse en sangre, en horror, en... en muerte...

—Yvonne... —musitó Opale—. ¿Qué... qué quieres decir con eso?

Los ojos verdes de la muchacha brillaban extrañamente. Respiraba entrecortadamente, y sus senos palpitaban visiblemente con fuerza. Meneó su

roja cabeza.

—Ya hablaremos, Opale. Ahora sería peligroso hacerlo aquí, pero quiero que sepas que yo...

—¡Yvonne! —sonó una cercana voz, seca y glacial—. ¡Vamos, te estoy esperando! ¿Por qué te entretienes ahora?

Era Nathan Queen, el Doctor Mistery. Como siempre, había emergido sin hacer ruido alguno, sin ser oído siquiera, entre los cortinajes del decorado situado atrás para el vaudeville inmediato, en cuanto terminase la obra. Miraba con sus pupilas muy negras, duras y frías, a su bella partenaire, que pareció temblar, asustada.

—Lo siento —musitó—. Te veré luego, Opale. Tengo que hablar contigo... cuando nadie nos oiga. Y antes de que sea demasiado tarde...

Se alejó con rapidez, reuniéndose con Nathan, ante cuyos reproches en voz baja, ella se limitó a inclinar la cabeza, sumisa, encaminándose luego a la cesta donde se agitaba y siseaba la poderosa pitón.

Opale, tras un momento de vacilación, subió con celeridad las escaleras de acceso a los camerinos, y corrió a meterse en su cuarto, para desmaquillarse y cambiarse de vestido.

Abrió la puerta, entró con rapidez en el camerino.

Su grito de terror fue violento, conmovió todo el teatro...

Luego, cayó sin conocimiento, en el umbral mismo de la entrada,

Justo frente al tocador donde aparecía, rígido sobre el asiento, reflejándose horriblemente en el espejo oval... ¡el mismo espantoso cadáver ensangrentado que viera colgar boca abajo en el escenario, la noche anterior!

Unos desorbitados, terribles, ojos vidriosos, se clavaban en el espejo, como buscando, a través de ellos, la mirada de la joven.

CAPITULO IV

El doctor Johnson no reveló emoción alguna en su rostro. Se limitó a escuchar en silencio, la mirada lija en la joven. Finalmente, cambió una mirada con el grupo de personas reunidas en la entrada: Belinda Drake, la primera actriz, Nathan Queen, «Doctor Mistery», Yvonne Durand, Marjorie Maxwell, los enanos Bugsy, Hockie y Moss... Incluso el empresario, Herbert Lee, alto, fornido, de cabellos grises cuidadosamente peinados, impecable frac y rostro severo, adornado por un bigote de retorcidas guías, estaba presente en el umbral del camerino, como testigo de los hechos.

—Tienen que creerme... —gimió Opale—. ¡Tienen que creerme! ¡El cadáver estaba ahí, justamente en mi propio tocador, situado sobre la silla, horriblemente rígido...! ¡Lo juro, lo juro!...

—Sí, entiendo... —la voz del médico sonó grave, preocupada—. Opale, ¿está segura de que se trataba del mismo cadáver, del mismo hombre?

—Sí, sí, totalmente segura —afirmó ella roncamente, tendida en el sofá de su camerino, evitando mirar hacia el asiento ahora vacío, al espejo que sólo reflejaba las ropas colgadas del fondo del camerino, los rostros de los presentes, las luces de gas—. Era el mismo... Tenía los ojos muy abiertos, la sangre empapaba su piel, sus ropas... ¡Era espantoso!

—¿No le resultaba conocido?

—No, doctor... —le miró fijamente—. Sé lo que está pensando. Lo piensan todos... ¡Creen que imagino cosas, que veo alucinaciones!

—Nadie ha dicho eso, Opale —habló suavemente el médico del teatro—. Ahora debe tratar de descansar, de olvidar todo esto. Le daré nuevamente un calmante, irá a su casa, y tratará de dormir, de no pensar...

—¡No, no quiero sedantes! —gimió ella—. ¡No quiero tener nuevas y terribles pesadillas!

—¿Pesadillas? —Frunció el ceño el doctor Johnson—. ¿Acaso las tuvo anoche?

—Sí... sí... —gimió, repentinamente en guardia, la joven actriz—. Tuve sueños desagradables. No quiero que se repitan...

—No se repetirán —pero la estudiaba fijamente, con gesto preocupado—. Le daré otro medicamento diferente. Y me permitiré indicar a la empresa que, dado su actual estado de nervios, le conceda un descanso de unos días sin trabajar.

—No, no —rogó ella—. No quiero eso. Deseo seguir trabajando. Es mi oportunidad...

—Señorita Bentley, su oportunidad nadie se la quitará —sonrió el empresario, Herbert Lee, acercándose a ella cordialmente—. Es su papel. Pero el doctor tiene razón. Por el momento, deberá descansar, olvidar todo esto. Hágame caso, amiga mía.

—Pero..., pero, señor Lee, ustedes deberían estar buscando ese... ese

cadáver que ha desaparecido de nuevo... y no rodeándome a mí y dándome consejos, como si estuviera loca... —se quejó la joven, amargamente. Les miró con ojos muy abiertos—. Es eso lo que piensan, ¿no es cierto, señor Lee? ¡Creen que me he vuelto loca, que imagino cosas!...

—Señorita Bentley, por favor —cortó, serena, pero firmemente el médico del teatro—. Le ruego que me escuche. Nadie dice aquí tal cosa, ni la piensa siquiera. Pero los nervios pueden jugar malas pasadas, y el teatro, y particularmente este género, pueden producir alteraciones psíquicas importantes. Los empleados del teatro están buscando ahora a ese presunto cadáver, pero, naturalmente, nadie se explica cómo pudo desaparecer en dos ocasiones, y aparecer de nuevo, sólo para que usted lo viese. Ahora, para venir a este camerino, la gente se ha apresurado cuanto pudo, al oír su grito. Nadie vio nada anormal en la escalera o en el corredor, y sin embargo, no había nadie aquí, ni mucho menos ese cuerpo que usted creyó ver. Dígame, ¿cómo podría desaparecer un cuerpo, sin que nadie lo viese ni tampoco a quienes lo manejaron, en sólo escasos segundos de intervalo entre su grito y la llegada de los demás?

Siguió un largo silencio. Opale bajó la cabeza, profundamente afectada. Trataba de hallar argumentos que oponer a las palabras serenas y frías del médico, pero no parecía encontrarlos. Interiormente se preguntó si, ciertamente, algo empezaba a fallar en su razón, en su equilibrio mental...

—Está bien... —susurró, al fin—. Haré lo que digan. No puedo decir nada, no puedo demostrar nada... Pero sé que no estoy loca, sé que he visto algo real, algo cierto... Sé que en dos ocasiones me enfrenté con un hombre muerto, a quien no conozco... Ignoro si fue puesto luego en mi camerino para hacerme volver loca. Sea como sea, usted tuvo razón en algo, doctor. Será mejor que me vaya a mi pensión, y permanezca allí unos días, lejos de este teatro... lejos de todo.

Cerró los ojos, con un suspiro. El médico la contempló en silencio. Luego, cambió una mirada con el empresario. Herbert Lee movió la cabeza afirmativamente.

—Que vaya a su casa —indicó—. Acompáñela alguien, por favor. Usted, Ivonne, ¿puede hacer el papel de Opale durante unos días?

—Lo... intentaré —aseguró, vacilante, la escultural pelirroja, saliendo de su abstracción, la mirada fija en el espejo oval—. Si quiere, llevaré a Opale a la pensión...

—No —cortó fríamente el Doctor Mistery, clavando sus ojos malévolos en ella—. Te necesito ahora, Yvonne. Debemos ensayar el nuevo efecto. Marjorie puede acompañarla.

—Sí, claro —aseguró la rubia de las formas opulentas—. Yo iré...

Opale entreabrió sus ojos. Miró a todos ellos, con intención de protestar. Pero no Jo hizo. Sabía que sería inútil. Algo le decía que no sólo no iba a mejorar en ñaua su situación, sino que, cuanto más se rebelara, más les haría pensar a todos en su posible lo-cura.

Marjorie se hizo cargo de las pastillas que el médico facilitó a Opale para tratar sus nervios, y tomó afectuosamente a la muchacha, echando una capa sobre sus hombros, y acompañándola al exterior.

Una fina llovizna empezaba a charolar el empedrado del callejón posterior del teatro. En Golden Lane, las luces de gas brillaban débilmente, en medio de una neblina grisácea y sucia. Pasó un carruaje negro, un landó de cuatro caballos, que se perdió en la noche, bailoteando el fanal trasero del vehículo en medio de la bruma, durante unos instantes.

Un policeman pasó junto a ambas mujeres, silbando entre dientes. Marjorie llevaba firmemente sujeta a Opale contra su poderosa humanidad, protegiéndola del frío, la humedad y la lluvia. Pero la joven no captó nada obsceno ni tortuoso en su actitud, y se tranquilizó.

De la bruma, ante ellas, surgió una vaga figura, alta y negra, como un ave de amplias alas. La proximidad y el reflejo de una farola de gas, convirtió al ave en un hombre alto y delgado, y a las alas en los pliegues flotantes de una capa de forro carmesí.

—Perdonen... —sonó una voz profunda, educada y viril, que hizo erguir la cabeza, con cierta sorpresa, a Marjorie Maxwell—. ¿Le sucede algo a la señorita Bentley?

—Oh, Jason, es usted... —se apresuró a hablar con alivio la joven. El rostro inconfundible de él se dibujó con firmes rasgos en la penumbra lluviosa—. Si supiera...

—¿Se conocen? —Marjorie contempló con agrado la apostura del joven.

—Un poco —sonrió él, aunque miraba con preocupación a Opale—. Oí minores en el teatro, a la salida. Decían que una actriz se había indispuesto. ¿Acaso es... usted, señorita Bentley?

—Tuvo una pequeña crisis nerviosa —terció, rápida, Marjorie—: El doctor le ha recomendado reposo. Ahora la acompaño a su casa. Deberá reposar unos días, sin trabajar...

—Oh, lo lamento —los ojos grises brillaron, inquietos—. ¿Qué podré hacer, mientras usted no aparezca en escena?

—Se evitará ver una y otra vez ese engendro —sonrió Opale, tratando de demostrar buen humor—. Sale ganando, ¿no cree?

—No diga eso, por favor. No verla a usted, será para mí un rudo golpe... ¿Puedo llevarles en mi carruaje? Lo tengo esperando, a una manzana de aquí...

—No, gracias, no es preciso. Ella vive en una pensión, la de la señora Crisp, justo al final de Golden Lane, allá enfrente —explicó Marjorie.

—De todos modos, si no les importa, iré con ustedes hasta allí —se ofreció Jason Fry.

—Claro que no —se apresuró a murmurar Opale—. Es muy amable, Jason..,

—Sólo intento merecer su amistad, señorita Bentley.

—Creo que la ganará más fácilmente si se deja de ceremonias, y me llama,

simplemente, Opale.

—Opale... Es un nombre suave, turbador y misterioso. Como usted —suspiró el joven.

—¿Misterioso? —repitió ella. Le miró vivamente—. ¿Cree que soy una mujer misteriosa?

—No exactamente. Pero quiero creer que hay algo misterioso en usted, en su vida, en sus pensamientos...

—Mis pensamientos... —susurró ella con amargura—. ¿Seguiría pensando lo mismo si le contara lo que realmente me está sucediendo?

—Opale, querida, será mejor que no hables de eso, ahora... —intercedió Marjorie Maxwell, preocupada—. Es un tema poco grato y...

—No, no —cortó Opale, segura de sí, mientras caminaban los tres por la acera que la lluvia hacía negra, lustrosa y resbaladiza—. Prefiero hablarlo con Jason...

—Si eso le hace algún bien... adelante —sonrió Jason—. La escucho, Opale.

—Verá... Creo haber visto en dos ocasiones el cadáver de un hombre ensangrentado...

—¿Qué? —Jason la miró fijamente, parándose en seco—. ¿Cómo dice?

—Sé que le parecerá absurdo, pero así fue. Primero le vi colgado de las bambalinas... Y luego, ya no estaba allí. Después... esta misma noche... apareció en mi camerino, apoyado en mi asiento, frente al tocador, horriblemente rígido... Era el mismo. Grité, me desmayé... Al ser auxiliada, también había desaparecido. ¿Lo entiende, Jason? El doctor cree que imagino cosas. O quizá que estoy loca. Yo... yo juraría que fue cierto todo.

—Ya —caminaban de nuevo. Sus pisadas sonaban huecas en la niebla. Contra lo que esperaba Opale, el rostro del joven admirador revelaba cierta tensión, una excitación evidente, aunque bien controlada. Marjorie también le observó de soslayo, con extrañeza—. ¿No conocía usted a ese hombre, Opale?

—No —le observó, perpleja—. ¿Es que realmente piensa que lo vi... o trata de ser buen amigo y ayudarme?

—Sólo le hice una pregunta. Dice que estaba bañado en sangre...

—Totalmente. Ropas, cabellos, piel... Todo. Era espantoso su aspecto.

—¿Joven?

—No... no podría decirlo —se sobresaltó—. Quizá mediana edad, no sé...

—¿Medio calvo? ¿Descalzo?

—Pues... ¡sí! —el estupor inmovilizó a Opale. Sus ojos se abrieron enormemente, fijos en su joven amigo—. Dios mío, ¿por qué dice eso? ¿Cómo pudo usted saber...?

—Opale, acabo de describirle a un hombre que murió así en ese teatro, en el Morgue Hall... hace justamente quince años.

—¿Cómo? —Opale y Marjorie cambiaron una mirada de asombro.

—Lo que ha oído. Apareció colgado boca abajo. Se había colgado por los

pies, y se degolló después con una navaja de afeitar. Su nombre era Seymour Coole... e iba a ser ajusticiado por asesinato. Escapó de prisión, y se mató él mismo, dentro de ese teatro. Pero no sin antes atacar a un hombre, a quien dejó por muerto, pero que sólo estaba horriblemente desfigurado... y que desapareció para siempre, sin dejar rastro.

—¿Qué... qué es lo que dice? —Balbuceó Marjorie Maxwell, palideciendo —. ¿Es que acaso esa historia del Morgue Hall es cierta, y no una leyenda tejida para darle publicidad al teatro y a su género de espectáculo? Siempre lo pensé así, cuando menos.

—Pues se equivocaba, señorita —sonrió Jason, abstraído—. La historia es real. Sucedió así. Soy escritor aficionado, y me gusta estudiar esas cosas. Se dice que el hombre a quien Seymour Coole desfiguró horriblemente, anda oculto dentro mismo del teatro, esperando la ocasión de vengarse de quien le causó tal daño.

—Pero si quien lo hizo se mató luego... —hizo notar Marjorie, ceñuda.

—Dicen que ese hombre no culpó de todo a Seymour Coole, sino a quienes provocaron la tragedia. Sepa usted que Coole iba a ser ejecutado en la horca por el asesinato de Judith Coole, una bellísima actriz del Morgue Hall... esposa de su presunto asesino.

—Cielos, qué horrible historia —se estremeció Opale.

—Tanto, que parece producto de un autor de grand guignol —sonrió Fry —. Pero ocurrió así realmente. Figura en los periódicos de la época. El hombre desfigurado por Coole era Irwin Wallace, el amante de la hermosa Judith. ¿Comprenden ahora el drama?

—Sí. El marido celoso asesinó a la esposa... y quiso hacer lo mismo con el amante, pero sin lograrlo. Luego, se suicidó. —Marjorie exhaló un suspiro, deteniéndose ante 1a casa en cuyo luminoso globo de vidrio se leía el número 17 de Golden Lane. Era, según rezaba un rótulo adherido a los vidrios emplomados de la puerta de entrada, la casa de huéspedes de la señora Crisp. La exuberante rubia preguntó luego, perpleja—: Pero, ¿dónde entra la posible venganza del hombre desfigurado, el amante de la actriz asesinada, si todos los personajes del drama han muerto ya?

Jason Fry se frotó el mentón, evocando el relato trágico, tal como sin duda él lo recordaba:

—Es que, para Irwin Wallace, Seymour Coole no fue el asesino. Tuvo que haber otra persona, según había dicho, cuando Seymour esperaba la ejecución en Newgate, alguien que mató a Judith Coole, culpando de ello al marido. Tal vez éste pensaba, a su vez, si era realmente inocente, que Wallace podía ser quien mató a su mujer, y de ahí su propósito de venganza, antes de poner fin a su vida. Lo cierto es que nunca se supo qué otra persona podía tener interés en matar a Judith. Se dice que sólo el hombre del rostro desfigurado lo sabe. Y que espera, oculto en las sombras de ese viejo teatro, el momento de su venganza...

—Una horrible historia —comentó Marjorie, estremeciéndose—. No le

hará mucho bien a mi pobre amiga, créame... Si está mal de los nervios, sólo basta que haya oído eso para...

—Es que yo no creo que Opale esté mal de los nervios. Ni que haya imaginado nada, ¿comprende? Mi opinión firme es que ella HA VISTO ese cadáver... —los ojos grises centellearon, fijos en Opale, inyectando a ésta unos ánimos y una energía insospechados, antes de añadir, escueto—: Lo que me pregunto es... ¿por qué? ¿Qué sucede ahora dentro de ese teatro?... ¿Y qué va a suceder próximamente? Tal vez haya algo bueno para usted, Opale, en estos momentos: que la hayan enviado de reposo a su alojamiento. Tal vez, cuanto más lejos esté de ese local, tanto mejor sea para usted. Quizá alguien, en las sombras de ese viejo teatro, ha querido alejarla de allí de alguna forma... y eso explique la presencia del cadáver ensangrentado...

Opale Bentley miró con fijeza a Jason Fry. De pronto, las cosas parecían mejor, infinitamente mejor, que cuando abandonara el Morgue Hall, con la ayuda de Marjorie. Su amiga, también, con gesto de sorpresa y de duda, estudiaba al joven atentamente, acaso preguntándose si las sorprendentes teorías y deducciones de Fry respondían a una realidad concreta, o su imaginación había pergeñado una historia capaz de devolver a la muchacha una seguridad y un equilibrio de los que carecía poco antes.

Fuese como fuese, Opale tendió su mano, la apoyó en la de Fry, que notó la frialdad de la epidermis de la joven, y susurró, con tono cálido, lleno de gratitud:

—Jason, amigo mío... Ahora estoy convencida de que alguien cree en mí. Es hermoso..., y me hace sentir segura. Me convence de que no estoy enferma, ni mucho menos... Gracias por todo. ¿Le veré algún día por aquí?

—Si su patrona, la señora Crisp, no pone objeción alguna, la veré en breve —prometió Jason, inclinándose cortés, y alejándose en la bruma, mientras Marjorie ayudaba a su compañera a entrar en la casa de huéspedes.

—¿Sabes una cosa? —Dijo Marjorie, la mirada perdida en la niebla que acababa de engullir la alta figura enlutada de Jason Fry—. No soy una mujer que haga demasiado caso a los hombres, tú lo sabes. Pero de un tipo así, resulta fácil enamorarse...

—Sí, creo que sí —suspiró Opale. Luego, frunció el ceño, y sus ojos vagaron por la calle brumosa del Soho, sin encontrar ya el menor rastro del joven Fry—. Y, sin embargo, resulta curioso...

—¿Qué resulta curioso?

—Que no sé apenas nada de ese hombre. Ni sé a qué se dedica realmente... ni por qué sabe tantas cosas del pasado de ese teatro... ni por qué, aun ignorándolo todo sobre él, me da tal sensación de fe, de confianza, de fuerza...

Marjorie Maxwell no supo qué responder a su amiga. Ambas entraron en el edificio. La puerta de la *boarding* house de Sarah Crisp se cerró tras ellas.

Poco después, un carruaje negro, tirado por dos caballos, pasó junto a la pensión, alejándose en la noche, bajo la llovizna fría y la bruma. Dentro, un hombre reflexionaba, sus grises ojos ensombrecidos. Al pasar ante el edificio

sombrío del Morgue Hall, aquellos ojos escudriñaron el caserón, como pretendiendo ahondar en algo tenebroso, encerrado dentro de aquellos viejos muros.

Lo que el hombre de los ojos grises ignoraba es que, desde dentro del local, a través de una entreabierta ventana de un piso alto, otros ojos se clavaban en el carruaje negro, en el edificio donde la señora Crisp tenía su pensión, visible por el globo de luz y el número 17, allá en la niebla.

Eran ojos malignos, fríos, perversos. Ojos en los que se reflejaba un odio extraño, inhumano, hacia algo o alguien... Hacia todo y todos, quizá.

Luego, las pupilas crueles se apartaron de la ventana. Una sombra furtiva se deslizó por los altos del teatro, entre telares y cuerdas, sobre un escenario vacío y silencioso, débilmente alumbrado por una luz de gas.

Esa misma noche, algo más tarde, un grito ronco sonó en alguna parte del vacío teatro del horror, y nadie lo oyó. Nadie acudió a su sonido ahogado.

La Muerte había vuelto a enseñorearse del tétrico lugar. Y nadie lo sabía aún.

Nadie lo supo hasta el día siguiente, ya con la luz gris de una mañana brumosa, fría y herida por el cuchillo sutil de la llovizna, débil y persistente.

Entonces, dentro del Morgue Hall, fue encontrado un cuerpo humano sin vida. Un cuerpo bañado en sangre, con la cabeza casi separada del tronco, los ojos desorbitados.

Pero no se trataba de ningún hombre, sino de una mujer.

Una mujer con el terror más delirante reflejado en el último espasmo de su bello rostro.

Una mujer pelirroja, escultural, voluptuosa: Yvonne Durand, la partenaire del Doctor Mistery, en el número de la serpiente asesina...

CAPITULO V

—Yvonne... ¡Yvonne!... ¡No es posible! ¡No puede ser tanto horror!...

Las amargas, desgarradas quejas de Nathan Queen, pronunciadas con tono exasperado, eran todo lo que se oía en el foso.

Allí, ante el cadáver ensangrentado de Yvonne Durand, el Doctor Mistery, como todos conocían a aquel hombre a partir de las candilejas del Morgue Hall, se hallaban reunidos los demás testigos del drama, silenciosos y horrorizados, mientras sonaban las palabras desgarradoras del compañero de trabajo de la muchacha muerta.

No lejos de todos ellos, la cesta conteniendo al poderoso reptil «Killer», colgaba de una chirriante polea, sobre uno de los practicables que eran luego subidos a escena con un sistema de montacargas, para el espectáculo teatral.

Tras el enrejado de mimbre, unos pequeños ojos, negros y malignos, brillaban cruelmente, fijos en la escena, acaso fijos también en la mujer que habitual- mente manipulaba aquel cuerpo largo, musculoso y reptante, recubierto de viscosas escamas. Ojos que, sin duda, habían sido, junto a los del propio asesino, los únicos testigos de los trágicos acontecimientos culminados en aquel lóbrego, húmedo lugar, bajo el suelo de madera polvorienta del escenario, con la terrible muerte de Yvonne.

Yvonne, la bella modelo del cuerpo escultural y los movimientos procaces. Yvonne, una mujer que parecía nacida para despenar deseos en los demás, sólo había provocado en alguien un deseo infinitamente más morboso y brutal; el de asesinarla.

Un hombre alto, con sobretodo negro y sombrero hongo de igual color, se apartó lentamente del cadáver, murmurando algo al oído de unos agentes de policía uniformados, que montaban guardia a la puerta del foso. Dos de ellos asintieron, abandonando el recinto.

Lentamente, se volvió el hombre a todos los demás. Su voz fue seca, autoritaria:

—Ya basta, señores. Pueden volver a sus lugares habituales. Nada pueden hacer aquí. Pero quería que viesen el cadáver y el lugar, por si les era posible prestarme alguna ayuda.

—Ninguna, inspector —dijo roncamente Nathan Queen, volviéndose hacia él, pálido y tambaleante—. Yvonne acostumbraba a bajar aquí para atender a «Killer»... a nuestra serpiente, en diversos momentos del día. Pero nunca tan tarde, tan avanzada la noche.

—Ya —el policía del abrigo negro con vueltas sobre los hombros, sacudió la cabeza, pensativo. Miró a los demás. Marjorie Maxwell también aparecía demudada ante la sangrienta escena, lo mismo que sus silenciosos Bugsy, Hockie y Moss, los tres enanos, el empresario Herbert Lee, el doctor Johnson y hasta el propio Yancy Carey, el viejo conserje, cuya arrugada faz mostraba su habitual palidez bajo los cabellos canosos, si bien los ojos tristes revelaban

ahora un temor y una perplejidad que no eran habituales en él.

En silencio, fueron abandonando el foso, donde quedaron solamente la víctima, los dos agentes de uniforme, y... la jaula con la pitón removiéndose, inquieta, en su interior.

Emitió el reptil un poderoso bufido cuando el policía cruzaba ya la salida del foso, y éste giró la cabeza, contemplando con gesto profundamente intrigado la gran jaula de mimbre agitada por la vida del monstruo anillado que bullía dentro.

—La serpiente... —miró a sus subordinados, que cambiaban miradas inquietas entre sí—. Desagradable compañía, ¿eh, muchachos?

—Mucho peor que la del cadáver, inspector —confesó uno de los policías de azul, con tono inseguro, ajustándose mejor el casco sobre la cabeza— Ese bicho logra ponerme nervioso...

—No se preocupen por él. No es fácil que salga de esa cesta. He observado que tiene mimbres muy fuertes... y unos cierres muy seguros. De todos modos, es un testigo del crimen. El único que tenemos. Curioso, ¿no?

El comentario irónico del inspector Nick Blakely, de Scotland Yard, no logró tranquilizar a sus dos subordinados, aunque sí les pudo arrancar un amago de sonrisa, nada alentador.

El funcionario de policía se reunió en el desierto escenario, bajo la aislada luz de gas, con el resto de los personajes del espectáculo. Belinda Drake, la primera actriz, sollozaba allá, en un asiento. Había sido incapaz de bajar a ver el cuerpo de Yvonne Durand, quedándose en el escenario, presa de una crisis de nervios, que el doctor Cedric Johnson había atendido antes, y ahora volvía a preocuparse por ella.

—No es nada, señora Drake, por favor —rogaba el médico, con tono persuasivo—. Algún merodeador nocturno ha penetrado en el teatro, sin que Yancy lo advirtiese, y debió atacar a Yvonne, al verse descubierto. Son cosas que ocurren con frecuencia en este Londres de nuestros días... Debe serenarse, créame.

Pero Belinda Drake no se serenaba fácilmente, y era comprensible. Tampoco los demás, aun manteniéndose en silencio, estaban mucho más tranquilos que ella. Los rostros, todos, mostraban tonos desde la cera a la ceniza, en unas variantes agrias y muy poco animosas.

—Yo no creo en esa historia del merodeador —refunfuñó alguien sordamente.

El inspector Blakely se volvió vivamente hacia quien hablara. Escudriñó el rostro de Bugsy, el más cabezudo y feo de todos los enanos de la Maxwell.

—¿Por qué dijo eso? —quiso saber el policía.

—Bueno, todo el mundo lo sabe, inspector... —tartajeó el enano, tras una vacilación.

—Todo el mundo sabe... ¿qué? —insistió el policía.

—La historia del teatro.

—¿Historia?

—Bueno, la leyenda —rectificó Hockie, el enano más proporcionado de todos, sacudiendo la cabeza—. Es sólo una leyenda, después de todo, inspector.

—Leyenda o historia, me gustaría conocerla —observó Blakely secamente.

—Se refiere al hombre que murió en este teatro, inspector —tranquilamente, el empresario del Morgue Hall, Herbert Lee, avanzó hacia el policía, con paso firme—. Es una vieja y tenebrosa historia, a la que yo tampoco di jamás demasiado crédito.

—¿Quiere tener la bondad de explicármela, señor Lee ?

—Gustosamente —afirmó el empresario—. Un hombre acusado de matar a su mujer, fue condenado a la pena capital. Pero escapó de la prisión y volvió a este teatro, con la idea de matar a quien él suponía auténtico asesino de su esposa. Solamente logró desfigurar a! hombre, amante de la mujer muerta. Luego, él se ahorcó en este mismo lugar. Se dice que el desfigurado amante, culpable o inocente del crimen, se quedó en este teatro, porque él también quería probar su inocencia, y hallar a quien realmente mató a la mujer, si es que no fue el marido. Y que, desde entonces, vaga por este edificio, escondido en las sombras, esperando la ocasión de su venganza.

—Una historia fascinante. ¿Es cierta, además?

—Lo es hasta el momento de la muerte del evadido. Lo demás es pura fantasía.

—¿Desfiguró realmente a su rival?

—Sí. Pero éste desapareció, y posiblemente ya nunca más volvió por aquí, paseando por ahí su horrible fealdad.

—¿Qué clase de fealdad? ¿Cómo le desfiguró, señor Lee?

—Si he de serle sincero, no lo sé. Hay quien dice que con un frasco de ácido. Otros afirman que acuchilló el rostro del amante, dejándolo hecho un mapa de cicatrices... La verdad exacta, la ignoro. Tal vez usted tenga más facilidad, revisando sus archivos, para encontrar la respuesta a la cuestión, inspector.

—Sí, tal vez. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace quince años —expuso, con rapidez, Marjorie Maxwell.

El inspector escudriñó un momento a la rubia y opulenta matrona, sin comentar nada, y caminó hacia la salida del teatro.

—Lo miraré en los archivos, sí —afirmó—. ¿Cuál era el nombre del evadido de prisión, el hombre que debía ser colgado, y que prefirió ahorcarse en este teatro?

—Coole. Seymour Coole —fue el empresario Lee quien dio el informe. Tras una pausa, murmuró con tono preocupado—: ¿Podemos continuar las representaciones hoy, a pesar de lo sucedido?

—No creo que sea preciso cerrar el teatro para investigar el asunto, señor Lee —manifestó escuetamente el policía—. Enviaré una patrulla especial para que registre todo el local, por si pudiera haber todavía alguien oculto en el teatro. Pueden reanudar las representaciones, siempre que la muchacha

muerta no sea insustituible...

—Procuraremos que no lo sea —suspiró Herbert Lee—. El espectáculo debe continuar siempre, ocurra lo que ocurra, inspector. Es una norma de la vida de teatro.

—El compañero de la mujer asesinada, no parece estar muy a punto para trabajar —hizo notar Blakely, señalando al gimoteante, excitado, Nathan Queen.

—Esperemos que se le pase —dijo Lee—. Si no, suprimiremos momentáneamente el número del reptil. Todo son complicaciones. Primero, la substitución de la dama joven, y ahora esto...

—¿La dama joven? —Blakely se detuvo, a punto de salir del teatro—. ¿Qué quiere decir con eso, señor Lee?

—Bueno, fue otro hecho desagradable, aunque imagino que de otro cariz, totalmente diferente. Una joven actriz nuestra vio cosas extrañas, alucinaciones... El doctor la hizo retirar a su domicilio para que se tomara unos días de descanso. El género de nuestro espectáculo altera mucho los nervios, y no sólo los de los espectadores...

—Sí, lo supongo —Blakely se tocó la barbilla, pensativo—. ¿Esa joven actriz no está ahora aquí?

—No, inspector —terció el doctor Johnson, dejando de atender a la primera actriz—. Se alojan en el 17 de Golden Lane, m una pensión. Opale Bentley es su nombre. La aconsejé que no viniera por aquí en unos días.

—Pues no pudo ser más oportuna su decisión, doctor —sonrió tristemente el policía—. Si está tan mal de los nervios, no sé cómo le hubiera sentado este suceso...

Estaba ya en el corredor de la salida del escenario, cuando se detuvo, preguntando como al azar:

—Por cierto... ¿Qué clase de alucinaciones eran las de esa muchacha?

—Algo muy desagradable y fantástico —dijo Herbert Lee, con tono penoso—. Veía a un hombre ahorcado y ensangrentado, por todas partes: en el escenario, en su propio camerino...

—¿Un hombre ahorcado? —repitió Blakely, con tono peculiar.

—Y ensangrentado —corroboró Yancy Carey, el conserje—. Pero sólo ella lo veía. Cuando acudíamos a sus gritos, nunca había nada...

—Ya —sin añadir más, el policía abandonó el teatro.

Los actores se miraron entre sí, en un silencio incómodo y amedrentado. A pesar de la presencia de otro policeman en el acceso al escenario, ninguno de ellos parecía realmente tranquilo ni seguro.

Belinda Drake seguía sollozando ahogadamente. Nathan Queen, anonadado, repetía el nombre de Yvonne entre dientes, de vez en cuando. Los enanos se agrupaban en torno a su patrona, la rubia Marjorie, y otros actores de la compañía deambulaban como espectros, en la fría mañana de aquel vacío teatro.

—Creo que aquí no hacemos ya nada —comentó el doctor Johnson—.

Será mejor que nos marchemos todos a nuestros quehaceres.

—Sí, es una buena idea, doctor —asintió Lee, frotándose el mentón con gesto huraño. Miró a sus actores y preguntó—: ¿Qué les parece? ¿Damos hoy función normal?

Dudaron muchos de ellos, mirándose entre sí. Nathan Queen, el Doctor Mistery, el más afectado de todos, se incorporó lentamente, muy demacrado y tambaleante,

—Como usted opinó, señor Lee, el espectáculo debe continuar —dijo en un susurro—. Se trabajará. Yo trabajaré, con mi serpiente, como si estuviera Yvonne.

—Gracias, Queen —suspiró el empresario, con alivio—, No olvidaré esta acción suya. Ya lo saben. Habrá función normal. Buenos días, señores.

Se despidieron, todos, desganadamente de su empresario. El doctor Johnson se llevó consigo a Belinda Drake para atenderla mejor en su consulta del piso alto del teatro, y ella se dejó manejar dócilmente, bajo la depresión de sus nervios, poco antes exaltados.

Poco a poco, el escenario fue quedándose vacío, con la excepción del viejo Carey, que comenzó a barrer en silencio las tablas de la escena, mientras el policía de servicio mantenía su rígida inmovilidad, allá al fondo, entre los muebles y practicables de la escena, agrupados en el fondo.

Abajo, en la cesta de mimbre, se agitaba, sibilante, extrañamente inquieta, la formidable pitón del Doctor Mistery, mientras los dos policías de guardia dominaban del mejor modo posible su aprensión hacia el monstruo anillado encerrado en aquel recipiente oscilante.

Una vieja manta del teatro cubría el cuerpo ensangrentado de Yvonne Durand. Y sobre aquel bulto inmóvil era donde se posaban muchas veces la mirada de unos ojos negros, diminutos, fríos y crueles, desde más allá del muro de mimbre...

* * *

Opale Bentley miró con ojos tristes a su visitante.

—Pase, por favor, señor...

—Blakely. Inspector Nicholas Blakely, de Scotland Yard —se presentó el hombre del abrigo largo y negro, sosteniendo el sombrero hongo negro en sus manos pálidas. Unos ojos azules y penetrantes, se clavaron en ella—. ¿Puedo pasar, señorita Bentley?

—Claro —sonrió débilmente la joven—. Pase. Perdone si no puedo recibirle en un lugar mejor que esta antesala. Es una simple pensión económica, no un hotel... Los artistas que trabajamos en compañías de tercera o cuarta fila, no podemos permitirnos más lujos.

—No se preocupe —el policía entró, mirando en torno—. Es muy confortable y hogareño. Detesto la frialdad de los hoteles.

—Espero poder tener suficiente experiencia en ellos para poder decir

alguna vez lo mismo que usted, inspector —dijo Opale con tono tibio—. Siéntese, se lo ruego. ¿Puedo pedirle algo a la señora Crisp para usted? ¿Un té, café acaso...?

—No, nada, gradas —el policía se acomodó ante ella, mirándola pensativo. Tenía un rostro fuerte, ancho, lleno de cordialidad, pero también de inteligencia—. Estaré muy poco tiempo molestándola. El doctor Johnson me ha contado ya que está usted algo nerviosa, a causa del género que debe interpretar habitualmente...

—No, no es sólo por el grand guignol y la sangre artificial en escena, inspector —negó Opale suavemente—. Hay otras cosas que me desequilibraron... Pero dígame, ¿a qué debo el honor de su visita? Un policía en la pensión, preguntando por mí... ¿Ocurre algo grave?

—No, no es nada —eludió con habilidad el policía—. Quería hablarle solamente de... de sus pretendidas alucinaciones.

—¿Pretendidas? —Opale le miró con ojos muy abiertos—. Todos dicen que son cosas que no existen... sino en mi imaginación.

—Quizá. Pero me gusta poner en claro las cosas que no entiendo. Por eso estoy aquí.

—¿Es realmente tan importante para Scotland Yard lo que imagine ver una actriz oscura y desconocida para que un inspector en persona venga a verme? —dudó Opale, mirándole preocupada y recelosa.

—Es usted muy inteligente, señorita Bentley —sonrió el inspector—. Y empiezo a dudar seriamente de su supuesta facilidad para las alucinaciones...

—¿Qué quiere decir?

—Verá. Estoy investigando rutinariamente un asunto relacionado con este teatro donde usted trabaja. Y« le hablaré más tarde de ello. Pero antes, quiero súber con exactitud qué es lo que usted vio, o creyó ver, y que forzó al doctor Johnson a enviarla aquí, de reposo.

—¿Es que... sucede algo en el teatro? —volvió la inquietud al tono de la joven.

—Por favor, es usted, quien me interesa —cortó suavemente Blakely—. ¿Qué vio, exactamente, y en qué ocasiones?

Tras una vacilación, Opale empezó a relatárselo al policía, esperando ver en su rostro la ya inevitable expresión de escepticismo e incredulidad que tan bien conocía en otras personas.

Para sorpresa suya, Nicholas Blakely, inspector de Scotland Yard, mantuvo su rostro inmutable, la mirada de sus ojos azules profundamente fija en ella, y sin que su gesto denotara en ningún momento la más leve sospecha sobre el equilibrio mental de la muchacha.

O el inspector Blakely era un hombre con perfecto dominio sobre su expresión... o realmente, daba crédito a su relato sobre los dos hallazgos macabros, sobre las flores extraviadas, el ramo de gladiolos desaparecidos, y cuanto recordaba sobre sus dos desagradables experiencias.

—Naturalmente —concluyó diciendo—, yo misma estoy en la duda de si,

en realidad, vi lo que le he contado... o todo fue pura imaginación, una mala jugada de mis nervios, de mi imaginación... Es todo tan absurdo... tan sin sentido...

—Transcurrió algún tiempo entre su hallazgo macabra inicial, y el momento en que el viejo conserje fue a investigar, no es cierto —preguntó Blakely seriamente.

—Pues... sí —murmuró ella—. Pero no sé si alguien tendría tiempo...

—¿De ocultar el cadáver y las flores? Posiblemente. En cuanto a la segunda vez, parece más difícil sacar un cuerpo rígido de su camerino, esconderlo, y no dejar rastro. Al parecer, sus compañeros corrieron, al oírla gritar. Y si la escalera es angosta, y no hay otro medio de subir al piso de camerinos...

—En efecto —corroboró ella—. No hay otro medio.

—En tal caso, tuvo que ser metido ese cuerpo... en otro camerino, antes que subieran los demás. Por alguien que estaba también arriba...

—No creo —suspiró Opale, desilusionada—. No había nadie en el piso alto, excepto yo. Todos estaban abajo, en escena o entre cajas... en el escenario, quiero decir.

—No había nadie de la compañía —rectificó suavemente el policía—. Pero sí podía haber alguien ajeno a ella.

—¿Qué quiere decir? —abrió mucho sus ojos la joven actriz.

—Me han hablado de una vieja historia de ese tea- tío... De un hombre desfigurado que, tal vez, deambula por las sombras, como un fantasma...

—Oh... —Opale se estremeció—. Irwin Wallace...

—¿Conoce la historia?

—Sí, la conozco. Me la refirió ayer un amigo...

—¿Qué amigo? ¿Alguien del teatro?

—No, no. Un joven amigo, un escritor aficionado, llamado Jason Fry... Ajeno por completo al Morgue Hall, aunque confía en estrenar algún día una obra suya...

—Entiendo —Blakely se desinteresó por completo, al parecer, sobre Jason Fry, para centrar sus palabras en el otro tema—. Resumiendo, señorita Bentley: ¿sufrió usted alguna otra vez esa ciase de alucinaciones?

—No, inspector.

—¿Cree que todo fue real, y no fruto de su mente?

—No... no sé qué pensar. Me siento confusa... —se tocó la cabeza—. El doctor Johnson me ha medicado... Sus tabletas me hacen sentir aturdida, relajan mis nervios... No estoy segura de nada. Pero tengo sueños, pesadillas... Veo a ese horrible cadáver en esos sueños... Me tortura su recuerdo...

El inspector Blakely tendió la mano. Tomó de la mesita un frasco de tabletas, y leyó su etiqueta. Lo dejó de nuevo, ligeramente ensombrecido el semblante.

—No tome más esas tabletas, señorita Bentley —aconsejó.

—¿No? —Opale se mostró sorprendida—. ¿Por qué? ¿Son malas?

—No son buenas, en su caso. No pretendo enmendar la plana a los médicos, pero... ellos son médicos. Y yo soy policía. Nuestro diagnóstico sobre usted, no coincide en absoluto.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, a mi juicio, usted no necesita medicinas. Sencillamente, creo que usted vio realmente ese cadáver... y que aún sigue en alguna parte del teatro.

CAPITULO VI

—¿Eso le dijo el inspector de policía?

—Sí, Jason. Eso me dijo —Opale sonrió, animosa, arreglando en un búcaro las flores recién traídas por el joven—. Logró convencerme a mí misma de que estoy perfectamente bien.

—Y lo está —asintió Jason Fry—. Siempre estuve seguro de ello.

—Pero en ese caso... —Opale se detuvo en su tarea—. En ese caso..., ¿por qué lo hicieron, por qué pusieron ese cuerpo ante mis ojos?

—No lo sé, Opale, Yo no soy policía —rió suavemente el joven—. Pero imagino una respuesta.

—¿ Cuál ?

—Alguien tiene interés en provocar la inquietud, el miedo, dentro de ese teatro. Y pensaron en hacerlo gradualmente. Primero, esas apariciones fantasmales, y luego... luego, lo demás.

—Lo demás... —Opale se estremeció, bajando los ojos—. Cielos, no me lo recuerde... Cuando el inspector me relató lo sucedido, no podía creerlo...

—Viene en las ediciones especiales de todos los diarios de Londres —dijo Jason, pensativo—. Es un crimen inexplicable, por el momento. Pero eso confirma que algo sucede en ese teatro, Opale. Lo suficiente para quitarle ideas de su cabeza. Usted está perfectamente sana y equilibrada.

—No sé qué será peor —susurró la joven—. Antes, todo era imaginado, al parecer. Ahora, tenemos la seguridad de que ocurre algo siniestro allí, de que hay un criminal oculto en el teatro... ¿Qué cree que puede asustarme más? ¿Mi propia mente... o la seguridad de que existe un criminal, acaso un loco, dentro de esas paredes? No va a ser agradable trabajar así.

—Lo comprendo. Pero no debe dejarse vencer por el temor. Hay agentes de policía vigilando el teatro, fuera y dentro. El que mató a Yvonne Durand, no se atreverá a hacer nada parecido. Es posible, incluso, que haya huido ya de allí. Algunos periódicos aventuran la posibilidad de que fuese un merodeador, sorprendido por Yvonne durante una visita suya a la pitón...

—Yvonne nunca bajaba a ver a «Killer» tan tarde —negó Opale, preocupada—. Además, algo me dice que esa historia del merodeador no es la explicación para ese horrible suceso...

—¿Qué otra puede haber?

—Tal vez... la de ese monstruo desfigurado, que espera su venganza en las sombras del teatro.

—¿Esa vieja historia?

—Pudo enloquecer, durante quince años de vivir oculto en los lugares poco o nada frecuentados de ese viejo teatro... Tal vez ahora, ya ni siquiera razone lo que hace.

—Me resisto a imaginar a un hombre escondido durante quince años en un teatro, sin haber sido visto por nadie, de día ni de noche.

—Un teatro tiene mil recovecos útiles para un ser así: fosos, sótanos, buhardillas, telares, corredores de los pisos altos, almacenes polvorientos... Seguro que hay rincón donde hace años que no asoma ni siquiera la luz de una vela...

—Todo eso suena a demasiado fantástico. No creo en la historia del fantasma desfigurado —rió de buena gana Jason Fry—. Ya verá cómo la muerte de Yvonne tiene una explicación mucho más sórdida y menos romántica. Y que el hecho de hacerla aparecer a usted como visionaria, tendrá también su explicación lógica.

—De todos modos... voy a tener miedo, cada vez que actúe, Jason.

—No lo tenga. Le prometo ir cada noche a verla actuar, y estar cerca de usted, por si algo sucede.

—¿De veras hará eso por mí? —se animó la joven, esperanzada.

—Tiene mi palabra —asintió Jason—. No es ningún sacrificio hacerlo. Pero con más motivo en las actuales circunstancias. Me verá cada día en el patio de butacas. En las primeras filas o en un palco cercano a la escena. Bastará una mirada, un gesto, un aviso, para que acuda a su lado, por encima de todo. ¿Eso la tranquiliza?

—Jason, eso supone mucho dinero para... para un simple aficionado al teatro...

—No se preocupe. Dispongo de algunos medios de fortuna —sonrió el joven con expresión confortante para ella—. De otro modo, no podría perder mi tiempo en escribir por pura afición... Ahora, puedo dedicar parte de ese tiempo mío a velar por su seguridad, Opale. Será un trabajo muy agradable.

—Jason, amigo mío... —impulsivamente, ella se inclino hacia él, besó su mejilla, y luego se echo atrás, enrojeciendo levemente sus mejillas—. Perdone. No pude evitarlo...

—¿Perdonar? —Fry se tocó la mejilla, donde le rozaran los labios de la muchacha—. Al contrario, Opale... Gracias. Ha sido lo más agradable que pudo sucederme...

* * *

—¡Opale! ¿De veras ha vuelto al trabajo?

—Sí, señor Lee. Estoy dispuesta a actuar esta misma noche.

—Pero..., pero el doctor Johnson dijo...

—Olvide al doctor Johnson —sonrió ella, animosa—. Yo lo he olvidado ya. He reflexionado en las últimas horas. Me he tranquilizado. Sé que no necesito reposo alguno. No volveré a ver alucinaciones, seguro. Mis nervios están perfectamente, ya lo verá.

—Opale, siento mucho esto, pero... —el empresario no parecía saber por dónde empezar la cuestión. A] fin, se decidió—. Pero han ocurrido cosas en este teatro que quizá no resulten las más adecuadas para que usted trabaje esta noche...

—¿Se refiere a la muerte de la pobre Yvonne? —Opale se mostró risueña y segura de sí, ante el estupor de Herbert Lee, que no comprendía en absoluto su transformación—. Lo sé todo, señor Lee. Ha sido un crimen horrible, pero si lee los periódicos, Londres está lleno cada día de sucesos semejantes... Y por ello, no podemos dejar de caminar por sus calles, de día o de noche, por miedo a los maleantes y a los asesinos.

—Admirable... —ponderó Lee, perplejo—. Señorita Bentley, puede volver a su trabajo. Yo informaré al doctor Johnson, personalmente. Y la felicito por haber sabido sobreponerse de modo tan espléndido a toda posible crisis... Lástima que para Yvonne no sea tan fácil encontrar suplente... Ninguna mujer se prestaría a hacer lo que ella hacía con «Killer».

—No, seguro que no —Opale se mostró ahora algo más seria—. Ese reptil produce mucho respeto. Demasiado, para estar al lado de él...

Se encaminó a su camerino, con paso animoso. La presencia de policías uniformados, dispersos por el escenario y la sala, resultaba también muy confortante. Opale no sentía miedo, en estos momentos. Soto al subir a su camerino, sintió cierta aprensión, recordando lo sucedido la última vez que estuvo en aquel lugar.

Pero entre Jason y el inspector Blakely, habían logrado inyectar una gran dosis de moral y confianza a la muchacha. Opale entró decidida en su camerino, encendió las luces, y se puso ante el espejo del tocador para arreglarse.

Aquella noche, todo iba a ser diferente, aun con la influencia que ejercía sobre todos la ausencia trágica de Yvonne Durand. Opale Bentley sentía miedo, eso era cierto, y hubiera resultado absurdo negárselo a sí misma. Pero era un miedo concreto, a algo real, tangible, algo que existía en aquel recinto, no a su propiamente, a alucinaciones, a posibles terrores nacidos de su cerebro.

El miedo a lo que era de este mundo, por temible que resultara, se podía dominar. El terror a lo desconocido, no.

Con esa sensación reconfortante, Opale Bentley afrontó aquella noche la representación, ante el asombro de todos sus compañeros.

* * *

Los aplausos sonaban cálidos, en el patio de butacas y en los pisos altos.

La obra había terminado. Marjorie Maxwell aparecía en escena con sus enanos, y el Doctor Mistery preparaba, en solitario, su nuevo número con «Killer», ausente ya para siempre su partenaire.

Opale Bentley había tenido éxito, como cada noche. Un éxito halagador, sobre todo por los aplausos entusiasmados de Jason Fry, que ocupaba un asiento en la primera fila de platea.

Se sentía segura. A salvo. La presencia del joven era la que le producía aquella impresión tan agradable. Sabía que, en caso de emergencia, podía

recurrir a él. Jason estaría a su lado, por encima de todo. Se lo había prometido, y estaba convencida de que cumpliría su palabra.

Se encaminó a su camerino, decididamente, despojándose por el camino de los adornos de su peinado. Jason la esperaba tras la representación para tomar algo en el cercano bar, y ella ansiaba salir de allí para estar en alguna parte, acompañada de su joven amigo.

Abrió la puerta del camerino. Entró, resuelta.

De nuevo el horror atenazó su garganta. Iba a gritar, desgarradoramente, cuando algo frenó su alarido, paralizando sus cuerdas vocales.

Quizá era el propio miedo. Quizá un repentino instinto de astucia, de cálculo, que sorprendentemente, se sobreponía a todos sus impulsos de mujer aterrorizada.

Allí estaba, otra vez.

Horrible, grisáceo, en pleno proceso de descomposición, despidiendo un horrible hedor...

El cadáver.

El cuerpo del hombre calvo, descalzo, con las ropas acartonadas por la sangre seca. Con el rostro ya cubierto de manchas hediondas, devorado por la corrupción... Los ojos comenzaban a ser solamente unas cuencas con algo húmedo y viscoso que se deshacía, al tiempo que tumefacciones repugnantes rodeaban su boca, sus crispados dientes.

Opale no gritó. Opale no cedió esta vez al terror que había helado la sangre en sus venas, y erizado sus cabellos en la nuca.

* * *

Con un valor inconcebible, que ella no hubiera imaginado jamás, se movió hacia el espantoso cadáver depositado ahora sobre el sofá de su camerino, rígido como un maniquí. Lo examinó, dominando su repugnancia, su horror.

Era el mismo que viera colgando de los telares. El mismo que situaran ante su tocador. Dio unos pasos más. Estiró la mano, que temblaba.

Lo toco.

Opale lo tocó, en un nuevo alarde de decisión increíble. Tembló con violencia al simple contacto con aquel cuerpo frío, tirante, hediondo por la putrefacción que se había iniciado en su interior. Pero lo tocó. Lo suficiente para saber que no era ningún producto de la imaginación. Era real, y bien real. Tangible. Existía.

Luego, lentamente, con una frialdad pasmosa, pero sintiéndose acosada, vigilada por ojos siniestros desde las sombras, regresó a la puerta del camerino, salió, cerró con una vuelta de la llave... y entonces sí corrió, desesperadamente, hacia el escenario.

Aferró el brazo de uno de los dos policemen que, apaciblemente, patrullaban entre bastidores, contemplando la representación. El policía se volvió a ella.

—Señorita... —dijo—. ¿Qué le ocurre? Está usted muy pálida...

—¡Pronto! —Susurró Opale—. Arriba, agente, por favor... En mi camerino... Venga conmigo, se lo ruego. Tiene que ver lo mismo que yo he visto... antes de que alguien se lo lleve otra vez... ¡Vamos, agente! Es muy grave... Hay un cadáver.

El policía casi dio un respingo. Se apresuró a ir con ella. Subió la escalera en primer lugar hasta- que Opale le detuvo ante su puerta cerrada. La señaló, al tiempo que clavaba sus ojos en la cerradura.

Asomaba una llave. Otra llave.

Opale mostró la suya, entre los fríos dedos crispados. El policeman asintió.

—Alguien vino después —musitó la joven—. Querían abrir para llevárselo, sin duda...

Y decidida, abrió la puerta. El policía entró.

Por un fugaz instante, Opale sintió el temor de que hubiese desaparecido, una vez más. La exclamación del agente uniformado, le dijo que no era así.

—¡Dios mío! —le oyó exclamar—. Es horrible...

Ahora, sí podía desmayarse ya. Pero no lo hizo. En vez de eso, se apoyó en el muro, tambaleante. Un leve, frío, sudor, cubría su frente, sus manos. Miró en derredor, al vacío pasillo de camerinos, a las sombras de los telares cercanos...

Allí, en algún lugar...

Alguien acechaba. Vigilaba. Alguien había sido burlado esta vez por su serenidad. Y el juego del terror había fracasado...

Pero ¿quién? ¿Dónde?

Aquellos ojos estaban allí. Los presentía. Los sentía casi, clavados en ella, defraudados ahora, acaso furiosos con la muchacha que había burlado al ser de las sombras.

Sólo que no sabía en qué lugar se encontraban... ni a quién pertenecían.

Pero, ciertamente, algo horrible, siniestro, se ocultaba en aquel teatro.

CAPITULO VII

—Vincent Coleman. Un ladrón de los bajos fondos. Sin familia. Merodeaba siempre por Whitechapel.

—¿Es él?

—Sin duda, señorita Bentley —el inspector Blakely asintió, apartando sus ojos de la repugnante forma en estado de putrefacción, cuando ya la ambulancia se alejaba, tirada por los briosos caballos—. El cadáver desapareció de la Morgue hace días. Le habían matado en una reyerta callejera. A cuchilladas. De ahí la cantidad de sangre que empapó su cuerpo y sus ropas.

—¿Cómo pudieron robarlo del depósito? —indagó Opale, muy demacrado su rostro, pero sorprendentemente serena aún.

—No lo sabemos. Ocurre a veces. Los vigilantes se ponen a beber. Comprendo que el vigilar las salas de la Morgue, con sus cadáveres alineados en las frías mesas de mármol, sea un trabajo que requiera beber mucho, pero ellos beben demasiado, y, a veces, no oyen ni ven nada. No resulta difícil que un buen conocedor de sus costumbres llegue con un carromato a la puerta trasera del depósito, cargue con un cadáver y se marche. Es lo que debió suceder.

—Y quien robó el cuerpo... lo trajo al teatro.

—Eso es. Con un motivo muy concreto, sin duda.

—Asustarme a mí... o hacerme pasar por loca —murmuró Opale, estremecida.

—Sí, es muy posible —admitió—. Ambas cosas a la vez, quizá.

—Pero ¿por qué? ¿Qué espera ganar nadie con eso?

—Lo ignoro. ¿No tiene usted enemigos, señorita Bentley?

—No, que yo sepa. No puedo entenderlo...

—Tampoco yo... todavía —dijo el hombre de Scotland Yard—. Pero, evidentemente, este asunto debe estar relacionado, de alguna forma, con la muerte de Yvonne Durand.

—¿Por qué relacionado?

—Porque no creo que cosas así sucedan aisladamente, sin relacionarse unas con otras. Durante años, este viejo teatro ha presentado a su público sus espectáculos de horror y de sangre, sin que nada anormal sucediese. No es lógico que, de repente, empiecen a ocurrir cosas insólitas y macabras, sin que todas ellas respondan a un único propósito.

—¿Qué propósito?

—Si lo supiera... —Blakely se encogió de hombros, echando a andar hacia el teatro, mientras la joven esperaba en la acera mojada por la neblina, junto a uno de los policías de vigilancia en la zona. Algo más allá, aguardaba Jason Fry, junto a un carruaje—. Usted, señorita Bentley, será mejor que olvide todo esto, y se divierta un poco con su joven amigo. Yo me ocuparé de los

asuntos desagradables. Para eso me pagan.

Agitó su mano, en cortés despedida, y se metió en el Morgue Hall, mientras Opale regresaba al lado de Jason. Este sonrió, oprimió sus manos con calor, y la hizo subir a su carruaje, poniéndose éste en marcha inmediatamente.

Se alejaron de Golden Lane a buena marcha. Opale miró atrás, por la ventanilla trasera del fiacre.

—¿Preocupada? —sonrió Jason, apretando su mano aún con más fuerza.

—Necesariamente, Jason —asintió ella—. Es terrible todo lo que sucede.

—El inspector tuvo razón. Es asunto suyo, no nuestro.

—Pero todos estamos mezclados en ello. Recuerda que yo he sido siempre quien halló ese cuerpo... ¿Poiqué yo, Jason?

—No lo sé —e! joven la miró, preocupado—. Quizá te eligieron a ti, como más joven e impresionable, para crear un clima de terror...

—Ya he pensado en ello, pero ¿a qué conduce ese clima?

—A eso, me temo que ni siquiera el inspector Blakely sepa responder —rió suavemente el joven Fry, tratando de quitar dramatismo a la situación—. Ahora, ¿qué te parece si olvidamos todo eso... y pensamos un poco en nosotros, divirtiéndonos por ahí?

—No es fácil olvidar, Jason...

—Inténtalo, al menos.

—Lo intentaré, pero dudo que resulte. No me siento capaz de disfrutar.

—Iremos a un sitio que conozco. Cierran muy tarde, y se acostumbra a bailar, beber y divertirse, sin mayores preocupaciones. Hay unos músicos bastante buenos, y nadie se ocupa de los demás. A la entrada le darán un antifaz, un gorro y serpentinas y confeti, y todo eso. En menos de diez minutos, estarás sumergida en otro mundo muy diferente. Quizá el que realmente te va a ti, Opale, y no ese viejo teatro, con su sórdido clima de terrores ficticios... y ahora auténticos.

—Me gustaría, Jason. Me gustaría mucho olvidar... y divertirme.

—Pues entonces... ¡adelante! —sonrió él, jovial—. La noche es nuestra, Opale...

Los dos jóvenes, que iban intimando insensiblemente, sobre todo en las últimas horas, se miraron, risueños, a los ojos. Las frías, yertas, manos de Opale, iban aún entre las firmes y fuertes de Jason Fry, y algo de vitalidad, de energía, de confianza, parecía irse transmitiendo de uno a otro, insensiblemente.

Poco más tarde, bajo un antifaz de verde seda brillante, riendo, bailando, arrojando serpentinas o viéndose enredada entre la telaraña multicolor de quienes se las arrojaban a ellos, Opale comenzaba a olvidar y a sentirse feliz en brazos de su alto caballero vestido de negro, cuyo guapo rostro varonil aparecía velado por un antifaz rojo.

Quizá por unos momentos inapreciables, Opale llegó incluso a no pensar en el teatro del Soho, ni en los horrores recientemente desencadenados entre

sus vetustos muros.

Pero alguien, en el siniestro teatro de Golden Lane, no olvidaba con tanta facilidad.

La sombra viviente que se movía entre las tinieblas del viejo recinto, seguía moviéndose esa noche, iras cerrarse todas sus puertas, pese a la vigilancia establecida por el inspector Blakely en el exterior del teatro.

Los policemen paseaban rutinariamente en torno al coliseo de las comedias de horror, mientras la niebla se espesaba en las húmedas calles del Soho. Dentro del Morgue Hall, todo era silencio y quietud. El viejo Carey, el conserje, hacía ya tiempo que se había metido en su cubículo, a dormir tranquilamente.

El teatro, sin embargo, no estaba tan vacío como parecía.

Alguien, además del viejo Carey y de la inquieta serpiente encerrada en el foso, deambulaba por el recinto sigilosamente. Unos ojos brillantes y fríos escudriñaban las sombras, a medida que su dueño se desplazaba en silencio.

La forma fantasmal descendió lentamente al foso donde la noche antes fue degollada Yvonne Durand. Unas manos enguantadas se movieron en la oscuridad.

Los cierres de seguridad de la gran jaula fueron manipulados por dedos rápidos y diestros. Dentro, una forma viscosa, larga y musculosa, se agitó, con un bufido sibilante. Unos ojillos negros y malignos se enfrentaron con los del ser nocturno, a través del muro de mimbres. Se desenroscó, con susurro inquietante, la gruesa forma reptante.

Luego, el último cierre de seguridad fue manipulado. La cesta osciló con más fuerza. La tapa quedó suelta, moviéndose ligeramente.

Con rapidez, la sombra humana se alejó, se perdió con leves roces de pisadas sobre las viejas tablas, hasta ser engullida por el resto de las quietas y eternas sombras del viejo teatro.

Poco más tarde, la tapa era presionada por una forma larga y poderosa. Se alzaba, chirriante, con lentitud. Una cabeza plana asomó. Unos ojos vidriosos y negros destellaron, crueles, sobre una superficie escamosa y brillante. Una lengua bífida brotó, en medio de un chasquido sibilante, mientras se desenroscaba la enorme longitud del reptil, e iba emergiendo, abandonando su encierro de siempre.

«Killer» salía de su recinto. Estaba libre el temible monstruo anillado, capaz de triturar a un hombre entre sus escamas grisáceas, o de enroscarse a una garganta y provocar, con una simple presión, la asfixia de su víctima.

El sigiloso, astuto animal, se deslizó definitivamente fuera de la cesta, que se agitaba con fuerza. Lentamente, la forma reptante avanzó por el foso, desapareciendo en las sombras, como un fantasma más.

El susurro de su roce con el suelo, se perdió hasta desaparecer. Los millones de recovecos y escondrijos del teatro del Soho, encerraban ahora un nuevo horror, suelto entre sus sombras.

«Killer», el reptil poderoso y agresivo, que sólo el Doctor Mistery y su

desaparecida ayudante podían domesticar y controlar, estaba libre ahora.

Libre para vivir, para ocultarse en los resquicios del siniestro teatro.

Libre para matar...

* * *

—Ha sido una noche maravillosa, después de todo... Descendió Opale del carruaje, ante la puerta de la pensión de Golden Lane. Ante ella, Jason retenía aún sus manos, en la despedida.

—Me alegra que te hayas divertido —sonrió él—. Te dije que era un estupendo lugar.

—Lo es. Muy divertida, sí... Tenemos que volver algún día.

—Siempre que lo desees —asintió Jason—. Mañana nos veremos. En el teatro.

—Sí. En el teatro —una rápida sombra nubló sus ojos. Pero pasó, y hasta llegó a dibujar ahora una sonría en sus labios—. No faltes, Jason,

—Ni lo sueñes. Allí estaré.

—Hasta mañana, Jason.

—Hasta mañana. Opale. Felices sueños. Sé que ahora los tendrás.

Se miraron. Se aproximaron el uno al otro, insensiblemente. Sus labios se rozaron. El roce se hizo más intenso. Y más prolongado.

Al separarse, ella respiraba agitadamente. Los ojos grises de él brillaban.

Sin cambiar más palabras, Opale entró con rapidez en su vivienda. La puerta se cerró, bajo el globo de vidrio donde la mecha de gas alumbraba los números 1 y 7.

Jason suspiró. Subió a su carruaje. Este partió, de regreso al centro de la ciudad.

Poco más tarde, se detenía delante de un edificio señorial de la City. El cochero esperó, mientras Fry bajaba del carruaje. Antes de entrar en el edificio, habló con su cochero:

—Mañana, a la misma hora, Dennis —pidió.

—Sí, señor —asintió el cochero—. Hasta mañana.

Se alejó con el carruaje. Fry abrió la puerta con llave. Entró en la casa, y se paró, ceñudo, contemplando, perplejo, la luz rosada que se filtraba por una puerta abierta a medias, al fondo del corredor. Su porte se tornó cauteloso al avanzar hacia allá.

Antes de abrir la puerta, sepultó la mano en su negra levita. Extrajo una pistola que amartilló, empujando luego la hoja de madera resueltamente.

El hombre que aguardaba dentro, junto a la chimenea, con una copa de oporto en su mano, se volvió, mirándole con un bostezo. No se inmutó ante el arma de fuego que empuñaba Jason, encañonándole.

—Vamos, vamos, mi querido amigo —dijo el visitante, depositando la copa sobre la repisa de la chimenea—. ¿A quién esperaba encontrar ahora aquí? ¿Al monstruo del Morgue Hall, tal vez?

—Perdone, inspector Blakely —sonrió Jason, bajando el arma, que guardó en su levita—. Creo que todos estamos un poco nerviosos últimamente...

—Sí, todos !o estamos, inspector Fry —asintió Blakely con un suspiro, mientras esbozaba una tenue sonrisa.

* * *

—No esperaba encontrarle en casa a tan altas horas de la madrugada.

—Yo tampoco creí que tardara tanto en volver de su salida con esa jovencita. ¿Se han divertido?

—Bastante, sí. Ella parecía feliz.

—¿No ha obtenido ningún otro detalle de ella?

—No. Ni creo que exista. No parece tener enemigos. Es demasiado ingenua, tiene demasiada buena fe para ello. Tal vez una rivalidad artística de alguna mujer, pero sólo podría existir algo así.

—Entiendo —el inspector Blakely paseó por la biblioteca de la mansión de Jason Fry—. Inspector Fry, ¿sospecha ella que sea usted policía?

—Ni en sueños —rechazó Fry—. Ve extraño que viva con tanta holgura, que me dedique a escribir obras teatrales por afición, y todo lo demás. Pero no recela nada, estoy seguro.

—Bueno, mi querido amigo, esa vida holgada no la da nunca el simple hecho de ser policía —resopló Nicholas Blakely tristemente—. Se tiene que ser como es usted: policía... y aristócrata. Lo cierto es que aún no he comprendido bien por qué se metió a ello...

Fry se echó a reír.

—¿A aristócrata? No tuve otro remedio. Nací así...

—No, no. Sabe que me refiero a lo otro. A policía.

—Amo la deducción, las emociones fuertes, y deseo ayudar a los demás. Detesto el ocio, pero mi querido padre, lord Fry, no quiso darme carrera ni oficio para que pudiese disfrutar cómodamente de mi herencia. No tuve otro remedio que buscar algo para lo que no hicieran falta estudios especiales, ni una cultura amplia.

—Ya —rezongó Blakely—. Y se metió a policía.

—No se ofenda. Sabe que es una verdadera vocación. Adoro mi trabajo.

—Lo sé. Por eso le perdono que, además de haber llegado tan rápidamente a inspector, sea un maldito aristócrata cargado de títulos y de dinero, Fry. Ahora, dejemos eso. ¿Qué piensa del caso?

—Es extraño, desagradable... —Jason sacudió la cabeza—. Desde que supe que esa muchacha sufría alucinaciones aparentes, me interesé por todo ello. Yo no creía que fuesen alucinaciones, ya se lo dije. Y ve que tuve razón.

—Es cierto. Va bien que todos le conozcan ahora en ese teatro, como el admirador número uno de Opale Bentley, y el aficionado que busca estrenar una obra. Su investigación puede ir así, mucho más lejos que la mía. ¿Por qué cree que robaron ese cuerpo de la Morgue, Fry?

—Por su parecido con Seymour Coole, es evidente.

—Ya. Pero además, tendría que haber un motivo más serio que asustar a una muchacha...

—Quizá lo haya, y se nos escapa a todos —Jason arrugó el ceño—. Personalmente, tengo una teoría, inspector.

—¿Qué teoría?

—La primera vez buscaban algo más que asustar a Opale. Luego, al resultar así las cosas, se insistió en ese macabro juego para aterrorizarla de nuevo, y crear ese clima extraño, dentro del teatro. Aunque también en mi teoría entra otra posibilidad bastante fantástica.

—¿Cuál, Fry? —se interesó vivamente Blakely.

—Que alguien pretendiera alejar a Opale de ese teatro, mientras tenía que suceder algo más...

El inspector Blakely, que estaba escogiendo un cigarro de un lujoso estuche situado sobre una mesa de mármol negro, pegó un respingo, y miró a su interlocutor atentamente.

—¿Por qué supone tal cosa? —indagó.

—No lo sé. Es sólo una suposición.

—Sus suposiciones acostumbran a tener bastante lógica y sentido común, Fry. Es el primer aristócrata inteligente de este país, maldita sea. ¿Por qué querría nadie alejar a Opale de allí? ¿Para protegerla de algo?

—Sí —los ojos grises de Jason destellaron—. Es muy posible.

—Según eso, habría dentro del teatro alguien que la quiere lo suficiente para no desear perjudicarla... o que algún otro la perjudicase, ¿no es eso?

—Si mi teoría fuese cierta... sí.

—Supongamos que lo es. Y matan a Yvonne Durand. ¿Por qué cree que la mataron?

—Una de dos: o alguien tenía motivo para matarla, o...

—O ¿qué?

—O ella provocó su propia muerte sin desearlo.

—¿En qué forma?

—Recuerde lo que han dicho los actores: ella nunca bajaba a tales horas al foso para cuidar de «Killer», la serpiente pitón. ¿Por qué bajó anoche? Pudo ser por pura casualidad, por romper una rutina... o porque otra cosa la hizo bajar allí. Y encontró entonces la muerte, porque vio algo que no debía de ver.

—Muy posible, sí. Pero no nos aclara nada. Todo son simples deducciones.

—No tenemos más, inspector. Esa gente de teatro es un mundo raro. Sobre todo, en ese género que tiene más de grotesco que de artístico. ¿Ha observado a sus componentes? Son gente anormal: una rubia y exuberante lesbiana, un domador de reptiles histérico, un trío de enanos monstruosos e inquietantes... Los actores son todos ellos grandilocuentes y afectados... Sólo Opale su sale de ese cuadro. Sólo ella parece un ser normal, en medio de tanta anormalidad. Y, al parecer, no sólo nosotros lo pensamos... sino también quien pretende

amedrentarla para que no acuda al teatro.

—Insiste usted en su teoría, ¿eh, Fry?

—Estoy seguro de que es la verdadera, sí. Pero puedo equivocarme, claro está. Sólo hablo a título personal. No tengo evidencias de nada.

—¿Cree que todo terminará con... con ese asesinato de anoche?

—No —negó, rotundo, Fry—. Más bien creo que todo empezó justamente entonces.

—Empezó... ¿el qué?

—Si pudiera responder a eso... —Jason se encogió de hombros, la mirada perdida en el vacío—. Pero no hay nada que me permita intuir lo que puede suceder allí en cualquier momento. Una cosa sí es segura, inspector Blakely.

—¿Cuál?

—Que algo va a suceder en el Morgue Hall. Algo terrible, no tardando mucho...

CAPITULO VIII

Y, ciertamente, algo sucedió en el Morgue Hall.

La primera noticia de lo que se cernía sobre el viejo teatro del Soho, la tuvo al día siguiente Scotland Yard, cuando se denunció, por parte del angustiado Nathan Queen, la desaparición inexplicable de la serpiente «KiIler»...

—¿La serpiente? —Se horrorizó Nicholas Blakely—. ¿Desaparecido? ¿Está seguro de eso, señor Queen?

—¡Cielos, tan seguro como que ahora estoy yo aquí! —Clamó el lívido Doctor Mistery, mientras agitaba sus brazos ampulosamente—. ¡Alguien abrió anoche la jaula, y esta mañana la han encontrado vacía!

—Está bien. Vamos allá —gruñó el policía, poniéndose rápidamente en pie —. ¿No tiene usted medios de atraer a su serpiente otra vez a esa caja?

—Cielos, claro que no. Ninguno. ¡Ni siquiera sé dónde está!

—Pero al menos sí sabrá cómo buscarla, en qué forma localizar a un reptil libre...

—Ese teatro es un inmenso y oscuro laberinto, inspector —lloriqueó Queen, camino del teatro—. ¡Un centenar de personas, buscando a «Killer» día y noche, podrían pasarse años enteros sin localizar su rastro! Además, puede cambiar de emplazamiento, burlar a los perseguidores... y mantenerse oculta. Al menos, mientras no tenga hambre...

—Hambre... —se estremeció Blakely ante aquella idea—. ¿Cómo combatirá el hambre, si sigue en libertad?

—Hay gatos, ratas... —Nathan Queen se pasó una mano nerviosa por el rostro demudado y sudoroso.

—Entonces, mientras tenga presas que aprehender, no resultará peligrosa, ni siquiera estando libre...

—¡Peligrosa! ¡Es peligrosa en todo momento, inspector! «Killer» es una pitón. Grande, poderosa, agresiva... Alguien se encontrará con ella... o ella buscará a alguien... Y al desdichado que sorprenda, lo destrozará entre sus anillos, como si fuese de cristal. Es un peligro latente, inspector. ¡Hay que dar con ella, como sea! Viva... o muerta.

—¿Mataría usted o dejaría que matasen a su serpiente? —se sorprendió Blakely, volviendo la mirada hacia él, subidos ya en un carruaje de Scotland Yard, que partió al galope hacia Soho.

—Es mía, y la necesito. Forma parte de mi trabajo. Pero prefiero ver muerta a «Killer», que imaginarla suelta por ahí... como una amenaza silenciosa para todo el mundo.

—¿No hay posibilidad de una fuga por simple accidente, señor Queen?

—Absolutamente ninguna —negó el Doctor Mistery—. No puede ser accidental. Quienquiera que fuese, abrió esa jaula intencionadamente, y soltó al animal.

—Pero... ¿por qué?

—Dios mío, no tengo la menor idea, pero algo horrible está ocurriendo allí... y creo que ahora sí hay motivos para sentir terror... Oh, inspector, ¿por qué yo, precisamente yo? En sólo dos días, me dejan sin mi partenaire, sin mi serpiente...

—Usted debería saberlo —le escudriñó Blakely con ojos agudos—. ¿Quién le odia como para eso?

—Nadie. Oh, no, nadie sería capaz de tal cosa con Nathan Queen. No tengo enemigos, no he causado mal alguno a nadie... Yvonne tampoco podía ser aborrecida por persona alguna. Era hermosa, deseable... pero no odiaba. Es como una maldición. Una horrible maldición que ha caído sobre mí...

—Está bien, no se desespere. Vamos a hacer lo imposible por hallar ese reptil...

* * *

Pero «lo imposible», no resultó suficiente.

Poco antes de la representación de aquella noche, «Killer» seguía sin aparecer por parte alguna. El miedo entre los miembros de la compañía, iba en aumento. El terror a las numerosas zonas oscuras del teatro, era evidente. Ahora, ni la presencia de los agentes uniformados de Scotland Yard era ya suficiente garantía para nadie.

Sabían que un reptil podía surgir en cualquier momento de la oscuridad, lanzarse sobre cualquiera de ellos silenciosamente, y causarle la muerte entre sus feroces anillos.

Cada leve roce, cada susurro, cada ruido en el teatro, era motivo de sobresalto. Un pánico latente se respiraba en todas partes, Sólo el público que iba ocupando paulatinamente la platea, sin saber que muchos agentes de paisano, debidamente armados, se mezclaban con ellos como medida de seguridad elemental, estaban totalmente tranquilos, ajenos al drama, y preocupados sólo con sufrir lo más posible ante los horrores que iban a ser representados en el escenario.

—No deberíamos dar función esta noche —decía agitadamente Belinda Drake, la primera actriz, sumamente pálida antes de levantarse el telón—. El peligro es terrible...

—La policía ha considerado que no hay mayor riesgo porque se trabaje de modo normal —replicó acremente Herbert Lee, el empresario—. Es más, el inspector Blakely tiene la idea de que, tal vez, mientras transcurre la representación, la costumbre de su actuación diaria haga que «Killer» reaparezca, reintegrándose a su cesta. Incluso se ha retirado la vigilancia del foso para facilitar el posible regreso del reptil.

—«Killer» no aparecerá —sentenció Marjorie Maxwell, inquieta la expresión—. Estoy segura de eso.

—Sea como sea, se debe trabajar —dijo el empresario con acritud—. La

muerte de Yvonne no sirvió para interrumpir nuestra representación. Tampoco será obstáculo para ello la desaparición de esa serpiente. Sencillamente, eliminarnos del programa el número del Doctor Mistery. Ya se anuncia así en los carteles, y la gente no se ha retraído por ello en venir.

Poco más tarde, la representación se iniciaba, sin que las cosas parecieran sustancialmente diferentes a las de otras noches.

Jason Fry estaba allí, esta vez en un palco proscenio, aplaudiendo a Opale. Y la joven actriz, como todos los demás, procuraba actuar serenamente, olvidándose de que, en algún lugar del teatro, el temible ofidio andaba oculto, acaso acechando, enroscado su frío cuerpo escamoso, a la espera de una posible victima...

Exasperado, frenético, el Doctor Mistery no hacía más que bajar al foso a cada momento, con la esperanza de ver reintegrada a su cesta a la temible pitón.

Pero por ahora, eso seguía siendo sólo una esperanza.

La cesta continuaba vacía. El reptil sin aparecer.

Y arriba, sobre las tablas del escenario, la representación iba desarrollándose sin incidentes, escalonando sus terroríficas escenas de grand guignol, ante la tensa atención de su ingenuo público, cautivado por la acción de la obra.

El público estaba tan metido en la situación, tan absorto escuchando el texto, que el repentino alarido, rompiendo el ritmo de la obra, sacudió a todos, actores y espectadores, con una misma impresión de pánico y angustia.

Los actores quedaron silenciosos en escena. Opale palideció, al sentir casi bajo sus propios pies los terribles ecos de aquel grito inhumano, bestial, desgarrador.

Se miraron todos, demudados. En el palco, Jason se puso tenso. En alguna parte del teatro, el grito se repitió, pero era una voz ronca, quebrada, casi sin estertor.

—¡El foso! —gritó Opale, sintiendo que un escalofrío agitaba lodo su ser.

Todos miraron a sus propios pies, al suelo que pisaban. Los policías del interior del teatro corrían ya de un lado a otro, sin localizar concretamente el origen de aquel grito escalofriante.

Jason Fry no dudó. Saltó del proscenio al escenario, ante el estupor de un público helado por los acontecimientos, que ya no sabía siquiera dónde empezaba la farsa y dónde terminaba la realidad. O viceversa.

Opale también mostró su asombro cuando vio a Fry aterrizar en las tablas. Y más aún cuando en la mano del joven apareció una pistola amartillada, con la que corrió hacia los bastidores para buscar frenéticamente el acceso al foso.

Lo halló antes que nadie, y descendió velozmente, apuntando el arma ante sí, dispuesto a hacer fuego sobre cualquier ser amenazador que se le apareciese.

Alcanzó el foso, iluminado por una lámpara ele petróleo, como lo estaba siempre durante la representación para preparar el número del Doctor

Mistery.

La cesta continuaba vacía, abierta... El reptil no estaba de regreso.

Jason Fry clavó sus ojos en la forma tendida al pie mismo de aquella cesta vacía. Supo que no necesitaba disparar sobre ella.

Era sólo un cadáver.

El cuerpo de un hombre, horriblemente amoratado, con el cuello roto, la cabeza ladeada por la fractura de sus vértebras, los ojos desorbitados por el horror.

Ese hombre era Nathan Queen, el Doctor Mistery.

Algo terriblemente poderoso había destrozado su cuello, asfixiándole. Jason Fry contempló la cesta vacía. Luego, miró el suelo, en busca de algún rastro. Descubrió una especie de reguero, limpio de polvo, sobre las tablas sucias del foso, partiendo desde el punto donde había caído sin vida Nathan Queen.

—«Killer»... —musitó—. La serpiente... ha hecho honor a su nombre. Ha vuelto... pero sólo para matar a su amo. Y ha desaparecido después...

* * *

—Lo siento, señor Lee. Esta vez, sí. Esta vez es absolutamente preciso que se cierre el teatro, hasta nuevo aviso. Lo sucedido esta noche no puede ni debe repetirse. Por fortuna, el público no ha sufrido daño alguno, pero otra persona ha muerto aquí dentro, y eso es suficiente motivo para clausurar el Morgue Hall provisionalmente.

—¡Pero, inspector Blakely! —protestó Lee, el empresario, con expresión indignada—, ¡Pueden pasar años antes de que aparezca ese maldito reptil por alguna parte!

—Lo lamento mucho. Intentaremos todo lo posible. Vendrán especialistas a rastrear en busca de la pitón, y confío en que pronto sea hallada y se la capture o se la mate. Entonces, podrá reabrir el teatro. Mientras tanto, se atenderá a la decisión tomada.

—Esto será mi ruina, inspector... ¡Mi ruina! —se lamentó Lee. Volvióse bruscamente a Jason Fry y masculló—: Y usted... ¡Usted, trayéndome una obra de autor novel! Y resulta ser un policía... y un aristócrata...

—Señor Lee, eso no debe cambiar las cosas —sonrió Fry suavemente—. Lo cierto es que soy un gran aficionado al teatro. Esa obra es buena, al margen de quien sea yo, se lo aseguro.

Pero Herbert Lee gruñó algo entre dientes, y se alejó sin querer saber nada. Fry buscó con la mirada a Opale. Se acercó a ella, pero la joven se evadió, alejándose unos pasos atrás.

—No, Jason —pidió, con tono dolorido—. Ahora, no. Estoy tan decepcionada...

—Opale...

—Eras sólo un policía. Estabas aquí por eso. Venías para vigilar, para

investigar... Eso era lodo, ¿verdad? Nada de admiración, nada de cuanto decías era cierto. Cumplías un trabajo, simplemente...

—Opale, eso nada .tiene que ver. Yo, realmente, no venía tan sólo a trabajar como policía. Lo de anoche era sincero. Yo...

—Por favor, no sigas —le corló ella—. Pierdes el tiempo. Imagino que querías saber si yo tenía enemigos, si lo que sucedía tenía algún sentido... Necesitabas conocerme a fondo, eso era todo. Nada mejor que fingirte un admirador, incluso despertar en mí unos sentimientos que... que...

Calló, apretando los labios. Sus ojos estaban húmedos. Jason iba a decir algo, pero Blakely le tornó por un brazo y le alejó de la muchacha.

"Fry, es inútil lo que le diga ahora —comentó—. Es mejor que espere a otra ocasión. Se siente defraudada, y no le Falta razón para ello.

—¡Pero es que yo, además de mi trabajo, me sentía atraído por ella, inspector! —protestó Jason.

—Lo sé. Me di cuenta de eso antes. Pero ella no lo entendería ahora. Venga. Tenemos que trabajar. Este endiablado asunto no me gusta nada. Bajemos al foso...

Bajaron. Jason miró pensativo a su compañero.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que le preocupa ahora? —indagó—. ¿La serpiente?

—No. No sólo eso —señaló el rastro en el polvo—. ¿Cree que, realmente, lo hizo el reptil?

Jason meneó la cabeza negativamente, sin mirar siquiera al suelo.

—No, no lo creo —dijo con voz ronca—. Ya me fijé antes. Ese reguero ha sido trazado hace rato Ha vuelto a caer polvo en él, de las pisadas de los actores en el escenario. Es decir, se hizo el reguero de ida y vuelta del ofidio, antes de morir Nathan Queen.

—Por tanto, el reptil no lo mató.

—No. Al principio lo pensé, al hallar el cadáver. Luego he reflexionado. Creo que alguien soltó a «Killer» para buscarse una coartada cuando matase a Queen.

—Alguien... La misma persona que mató a Yvonne Durand, Fry.

—Sí, estamos de acuerdo.

—¿El fantasma del teatro? —Sugirió Blakely, escéptico—. ¿El ser del rostro desfigurado? ¿Es ésa su venganza?

—Podría serlo. Nathan Queen pudo ser el amante de la señora Coole, hace quince años, en este mismo teatro. Pero Yvonne... Era demasiado joven. Por entonces no tendría más de diez años... y ni siquiera tenía relación con Nathan Queen. He comprobado que llevaban de pareja profesional no más de cuatro años. Claro que eran algo más que partenaires. El viejo truhán la tenía sometida como concubina suya, a viva fuerza. La tenía dominada. Creo que, en el fondo, Yvonne temía a su compañero de trabajo.

—O al reptil.

—¿Qué? —le miró vivamente Blakely.

—Temía al reptil —insistió Jason, pensativo—. «Killer» era un animal

totalmente controlado y dirigido por Queen. Yvonne sólo podía manejarlo en el escenario, porque él estaba presente. En caso de darle una orden, «Killer» hubiera sido capa2 de estrujar mortalmente a Yvonne en escena. Y sólo hubiera sido... un accidente de trabajo. No se puede ahorcar a una serpiente furiosa por un homicidio. Ese terror mantenía a Yvonne unida al Doctor Mistery, y estoy seguro de ello,

—Sí, es posible que tuviera razón, pero entonces... ¿quién mató a los dos? ¿Quién dio libertad al reptil? Son demasiadas incógnitas, Fry.

—Y la respuesta es la misma para todas ellas. Hallemos la solución a una parte del misterio, y habremos hallado la solución a todo ello.

—Sí, tal vez... —el inspector sacudió la cabeza—.

¿Viene a Scotland Yard? Lo dispondremos todo para una búsqueda completa de ese reptil. Y en cuanto haya salido el último personaje de este teatro, quedará clausurado hasta nuevo aviso.

—^Sí, iré con usted. Los agentes se encargarán de cerrar el teatro cuando todos se hayan marchado.

—Esta vez, incluido el conserje, el viejo Carey —señaló Blakely ásperamente—. No quiero que nadie corra riesgo alguno, Fry.

—Así se hará —prometió Jason, siguiendo a su compañero.

Poco más tarde, los dos inspectores se alejaban del teatro de Golden Lane, en un carruaje de Scotland Yard.

Los actores y personal del teatro recibieron la orden de recoger sus cosas cuanto antes, vestirse de calle y abandonar el teatro. Cuando los últimos hubieran salido, la policía cerraría oficialmente el recinto, hasta nuevo aviso.

En silencio, desfilaron todos los artistas y empleados para obedecer cuanto antes las órdenes recibidas.

* * *

Opale Bentley abandonó el camerino. Le sobrecogió el silencio y soledad del viejo teatro, más vacío y oscuro que nunca.

En un maletín de pana estampada, se llevaba todo cuanto le pertenecía, a la espera de que se reanudase normalmente el trabajo. Por un lado, era un alivio abandonar aquel recinto de terror. Por otro, sentía lástima de que se interrumpiera la temporada, con su primer éxito en la escena.

—Espero volver pronto —murmuró—. Pese a todo, me gusta esto. Me gusta la escena, el público, las luces de candilejas...

Suspiró, echando a andar hacia abajo. Los policías habían salido, y esperaban en el callejón posterior el momento de echar el cierre al local. Opale miró en derredor. Estaba sola. Tal vez era la última en marcharse. Salvo Yancy Carey, por supuesto. El viejo conserje estaría allí, a la salida, esperando a que abandonaran los demás el teatro, para hacerlo luego él. También iba a serle doloroso, después de tantos años allí.

Opale cruzó el vacío escenario, como lo hiciera la noche en que vio colgar

del techo una horrible figura sangrante. Se estremeció al recordarlo. Miró a la oscura platea vacía.

¿Dónde estaría el reptil escondido, acechando? ¿Dónde el asesino de Yvonne, la mano criminal que soltó a «Killer»?

La convicción de que unos ojos la vigilaban malignamente desde la oscuridad, la hizo temblar ligeramente. Pero cobró ánimos y caminó hacia la salida. Procuraba no pensar en Jason. Ya no. No quería sufrir más decepciones.

Sus pasos se detuvieron justamente en el pasillo que conducía a la salida. Donde se detuviera en otra ocasión, ante una macabra visión de horror y de muerte.

Esta vez no había nada. Nada ni nadie... salvo el benigno, apacible rostro de] viejo conserje, que ahora caminaba hacia ella, con una luz amable en sus ojos.

—Sólo falta usted, señorita Bentley —dijo con su voz afectuosa—. Luego la seguiré yo. Voy a cerrar el teatro. Y esta noche, de verdad.

—Sí, Carey, lo sé. Le dolerá mucho, ¿no es cierto?

—Bastante. Pero confío en que pronto se abra de nuevo. Ese maldito reptil tiene que aparecer. Claro que, una vez muerto su amo, será más .difícil. Él era el único capaz de dominarlo... y parece que su propio animal acabó con él.

—Sí, eso parece... Bien, Carey, buenas noches.

—Buenas noches, señorita Bentley. Y hasta pronto...

Ella echó a andar hacia la salida. Yancy Carey se aproximó, tratando de ayudarla servicialmente. Tropezó con una cuerda que algún tramoyista, apresurado por salir lo antes posible del peligroso teatro, había dejado sin recoger, enrollada en el suelo.

—¡Carey! —exclamó, alarmada, Opale, al verle caer de bruces.

El viejo conserje no pudo evitar que su cara golpease el suelo con fuerza. Maldijo entre dientes, ayudándose de sus manos para lograr incorporarse.

—No, no es nada, señorita Bentley... —comenzó a decir, presuroso, para quitar importancia a su caída.

Y no se daba cuenta de que, ante los ojos horrorizados de Opale, su rostro, el viejo rostro rugoso, se iba desmoronando, partiéndose, cayendo a trozos, hasta revelar, detrás de aquella máscara rota, una faz horrible, desfigurada hasta el horror, corroída por algún ácido, convertida en la cara de un verdadero monstruo...

Opale fue a exhalar un agudo grito de terror y de angustia.

No pudo hacerlo. Una fuerte mano tapó su boca.

CAPITULO IX

El pánico irrefrenable de Opale se hubiera manifestado así en un largo alarido, capaz de atraer inmediatamente a los policías del exterior.

Pero no le fue posible exhalar aquel grito. Su miedo, su horror, fueron forzosamente mudos, mientras la recia mano la cubría, amordazándola sin contemplaciones.

—No, señorita Bentley, no grite... No debe hacerlo...

La voz ya no escapaba de los labios tranquilos del viejo Yancy Carey, sino de una boca descarnada, sólo dientes y encías a la vista, entre una masa rugosa e informe de carne desfigurada y negruzca. Un rostro de pesadilla, sin otra nariz que dos horribles orificios y unos ojos carentes de párpados, como globos colgando en el vacío, sobre mejillas que no eran sino arrugas espantosas y cicatrices horrendas, aparecía tras los últimos trozos de una perfecta mascarilla de cera, hasta entonces con las facciones amables, venerables y serenas, del viejo conserje Carey...

Detrás... era el monstruo del Morgue Hall, el hombre llamado Irwin Wallace, quien revelaba su verdadero rostro, recuerdo de la tragedia de quince años atrás.

—No grite, se lo ruego —hablaba con voz sorda, extraña, irreconocible ahora—. No debe hacerlo, hágame caso... Soy Yancy, el viejo Yancy, su amigo...

Opale movía frenéticamente su cabeza, en sentido negativo, incapacitada para gritar, contemplando con pavor aquella faz de obsesiva fealdad, aquellas facciones que algún ácido destrozaron años atrás, haciendo realidad la leyenda del siniestro teatro.

—Lo demás queda lejos, señorita Bentley... —proseguía el viejo conserje—. Muy lejos ya. Y nunca, nunca, debió ser resucitado... Pero todo volvió a ser como entonces, no sé aún en qué forma... y esto tuvo que suceder... No quisiera que usted nunca... hubiese visto mi verdadero rostro... Usted no, señorita Bentley...

El pánico crecía dentro de ella. La proximidad de aquel ser monstruoso que taponaba su boca, que hablaba amablemente, quizá antes de destrozarla entre sus dedos de ser enloquecido, le causaba un terror sin límites.

Y lo peor es que no podía escapar. Estaba atrapada. Irremisiblemente atrapada...

De pronto, a espaldas suyas sonó un leve ruido, un crujido en las tablas del escenario. Opale se debatió en los brazos de Carey. El conserje escudriñó las tinieblas, alarmado.

—Eh... —jadeó—. ¿Quién está ahí?

Una figura emergió de las sombras. Una figura familiar, fuerte y vigorosa...

La sorpresa aflojó la presión de las manos enérgicas de Yancy Carey. Opale vio su oportunidad. Y escapó de él, de sus garras, con una repentina

sacudida. Corrió hacia la persona que acababa de aparecer en el escenario, con un cuchillo en su mano, con aire protector.

Era Marjorie Maxwell, la rubia matrona de los enanos, su amiga y compañera. Opale corrió a ella, estallando en un ronco sollozo. Buscó protección contra los fuertes pechos de la matrona.

La rubia lesbiana la acogió contra sí, rodeándola con un firme brazo izquierdo, en tanto el derecho se alzaba, dejando destellar el afilado cuchillo de que iba provista.

—Marjorie Maxwell... —jadeó el monstruo del teatro—. Tú...

—Veo que llego a tiempo, querida —murmuró Marjorie suavemente—. Ese horrible ser iba a hacerte daño, ¿no es cierto?

—¡No, maldita! —rugió Carey, crispando su horrible rostro, avanzando decidido hacia ellas—. ¡No engañes a esa muchacha! ¡Yo quise "alejarla de aquí a toda costa, cuando fracasó mi empeño por asustarte con la visión de tu maldad, y yo...!

No siguió. Al dar un paso más, Marjorie disparó el arma contra él. El cuchillo silbó en el aire, se clavó hasta la empuñadura, con inusitada violencia, en la misma garganta del ser de rostro monstruoso.

Yancy Carey, el hombre que una vez se llamó Irwin Wallace, cayó de rodillas, con un siniestro gorgoteo, la sangre brotando de su boca crispada, derramándose sobre sus ropas y manos.

Miró con sus espantosos ojos colgantes a ambas mujeres. Luego, cayó de bruces, en medio de un terrible golpe sordo, desprendiendo copiosas salpicaduras rojas.

Opale, en el paroxismo de su terror, quiso gritar, dar rienda suelta a su histerismo. No le fue posible. Ahora era Marjorie quien tapaba su boca con una mano grande y poderosa. Al tiempo, la estrujaba contra sus voluminosos pechos, musitando palabras entrecortadas:

—No, no, querida... No grites. Ahora no. Ya terminó todo... El monstruo ha muerto. Irwin Wallace no existe ya... Nunca más habrá crímenes en este teatro... La leyenda terminó... Sí, querida. He salvado tu vida... No sabía que era Yancy Carey. Sabía que tenía que ser alguien de esta compañía, del teatro... Pero el viejo conserje... jamás supuse que llevara una máscara de cera... No, querida, cálmate. Soy tu amiga... Voy a ayudarte...

La presión aumentaba por momentos. El cuerpo esbelto y menudo de Opale se perdía entre los grandes senos y los brazos de Marjorie Maxwell, la rubia matrona de los enanos.

Los ojos de Opale, fijos en ella, eran una muda acusación; su cabeza se movía, frenética, tratando de hablar, de emitir sonidos...

Pero el gesto de la muchacha era revelador. Había oído palabras del monstruoso Irwin Wallace. Y había visto morir al monstruo. Su mente había compuesto el resto del rompecabezas. Marjorie lo advertía. Era fácil de comprender. Y por eso aumentaba su presión, por eso estrujaba con más fuerza, a la muchacha...

—Veo que no quieres creerme, querida... —susurró, centelleantes sus ojos dilatados—. Lástima... Sí, lástima... Pudiste haber salvado tu vida... Ahora, ya es tarde. Veo que Jo entiendes, que has imaginado el resto... Ahora sabes que yo... YO MATE A LA SEÑORA COOLE. Sí, éramos muy amigas las dos por entonces... Wallace no podía hacer nada, estando yo. La mujer de Seymour sólo rae hacía caso a mí... Un día se rebeló, quiso romper nuestra... buena amistad... Yo lo impedí. Sí, peleamos... y la maté. No quise hacerlo, pero la maté... Pagó su marido. Luego, éste pensó que era Wallace... Y Wallace, sólo Wallace, sospechó de otra persona... De mí. Me estaba vigilando ahora, desde que volví a este teatro. Lo intuía. Lo presentía. Pero he cambiado bastante. No me reconoció al principio... Sí, querida. Yvonne descubrió mi identidad. Se había preocupado de investigar aquella vieja historia, encontró un antiguo retrato mío.,. Quería pedirme dinero, hacerme chantaje... La maté. La maté aquella noche, tras dejarte a ti en la pensión... Lo de Queen es diferente... El recordó que sólo yo era capaz de aproximarme a esa cesta sin tener miedo. Me citó abajo, durante la representación. Quería ponerlo en claro... Tuve que matarle. Sí, lo estrujé... como ahora te estrujo a ti. Soy fuerte, muy fuerte... Te romperé el cuello... Creerán que ha sido el reptil... Cuando os encuentren sin vida... Tú mataste a ese monstruo, aterrorizada... y la serpiente te mató a ti... Lo siento, preciosa. Eres encantadora... pero no puedes vivir. Mi vida está por encima de todo... No temas. Pasará en seguida. Una presión más y...

Ya estaba amoratada la faz de Opale. Jadeaba ronca, ahogadamente, a punto de asfixiarse. La presión de la mujer era terrible, y pronto lo sería más hasta quebrar sus vértebras...

—«Killer» es mi coartada... Pensaba acabar así con Wallace, cuando supiera quién era. Pero las cosas han ocurrido de otro modo... El quiso asustarme aquella noche. A mí, no a ti. Trajo ese cadáver, lo colgó ahí... Yo siempre soy la última en salir, él lo sabía... El se conocía todos los recovecos, salidas y atajos dentro del viejo teatro... Se movía fácilmente aquí dentro... Pero esa noche, yo salí por la platea, y tú te hallaste con e) cadáver... Entonces, Yancy, que debió tomarte afecto en este tiempo, quiso sacarte de aquí,., alejarte de todo peligro... y se dedicó a asustarte con ese cadáver... Ya, ya termino. Mira, ahora... Una presión más y...

En aquel momento, un sonido susurrante, un silbido ronco, sonó a espaldas de las dos mujeres.

Sin soltar su presa, Marjorie se volvió. Lanzó un alarido, llena de horror. Soltó a Opale, que cayó inconscientemente sobre el escenario...

* * *

«Killer».

Era «Killer».

Erguida, rígida, sibilante, frente a Marjorie Maxwell. Mirándola fija, malignamente.

Opale, torpemente, se agitó en el suelo, viendo retroceder lentamente, con horror, a la rubia asesina. La serpiente siguió vigilante... y de pronto, saltó.

Marjorie no pudo hacer nada. Nadie hubiera podido hacerlo. «Killer» cayó sobre ella. Implacable, ferozmente.

Era una masa de músculos y vértebras en inexorable ataque. Los anillos rodearon viscosamente el cuerpo de la matrona, antes de que ésta pudiera escabullirse. Su titánica fuerza física, nada podía ya contra la del ofidio, poderoso y demoledor.

Enroscóse al cuello y cuerpo, estrujó entre sus anillos el busto poderoso de la hembra. Lo trituró, mientras ella aullaba desesperadamente. Luego, la presión en el cuello y espalda se hizo espantosa. Crujieron todos los huesos del esqueleto, como si el cuerpo fuese de yesca.

Finalmente, un crujido más largo y estremecedor, unido a un alarido de agonía...

Los policías entraron en tropel por la puerta del escenario, atraídos por las voces, y tras ellos corría la alta figura de Jason Fry, pistola en mano.

Dispararon sobre la cabeza del ofidio. «Killer» recibió los proyectiles en su cuerpo, en su cabeza. Emitió bufidos terribles, agitándose, coleando furiosamente... Pero no soltó su presa.

El cuerpo destrozado de Marjorie Wallace se quedo entre los anillos del reptil que, lentamente, se distendió, tras morir acribillado a balazos. El esqueleto de la asesina, bajo aquel cuerpo turgente, debía de estar hecho añicos, a juzgar por la informe masa que formaba ahora la figura femenina, sobre el suelo del escenario.

El trágico grand guignol de la propia vida, había tocado a su fin.

Ahora, caía el telón sobre una tragedia increíble y sangrienta.

Jason Fry se inclinó sobre Opale, la alzó de las tablas, entre sus fuertes brazos. Y la besó, antes de llevarla consigo hacia el exterior, murmurando entre dientes:

—Opale... Opale, mi vida... Volví porque algo me decía que debía temer por ti... De repente, había pensado... y llegado a conclusiones. Tuve miedo... y veo que con razón...

—Jason..., ahora lo sé todo... —sollozó ella.

—Sí. Yo también creo saberlo... —miró los cuerpos sin vida, antes de salir al exterior—. La venganza fue de «Killer». El reptil no olvidó quién era la persona que mató a Yvonne... y la que mató a su amo. Tal vez desde las sombras fue también testigo frío de ese segundo crimen... y esperó su oportunidad. Esta noche la tuvo... y te salvó la vida... Pero luego, te hubiera atacado, excitada por su afán destructor. Creo que hemos llegado a tiempo. Muy a tiempo, querida...

—Jason... ¿No era éste tu deber de policía? —musitó ella.

—No —él se detuvo, bajo la húmeda niebla. La miró—. Era mi deber de hombre. De enamorado... Ahora, ya estás liberada de toda pesadilla, Opale. Ha caído el telón... Y ahora ya no tengo obligaciones oficiales contigo. Sólo

quiero decirte algo más: ¿quieres ser mi esposa? A pesar de que soy un policía... y un maldito aristócrata, podrido de dinero...

—Oh, Jason... Mi Jason... —sollozó ella.

Y le rodeó con sus brazos. Le besó los labios, mientras lloraba y reía.

Jason Fry pensó que era toda una respuesta.

¿Para qué quería más?

EPILOGO

Los cuerpos se alineaban en las mesas de superficie marmórea y fría. Todo el ambiente olía a balsámicos, a desinfectantes. A frialdad. A muerte.

El inspector Blakely echó lentamente una sábana sobre el cuerpo rígido e inmóvil del hombre, cuyos últimos residuos de cera habían sido arrancados del rostro. Era un cuerpo normal, con una faz monstruosa, desfigurada atrozmente por el ácido, sin cabellos, sin labios, sin orejas apenas, sin nariz, sin párpados... Un horror viviente, que se había escondido en vida tras una hábil máscara de cera, posiblemente reproducida muchas veces.

—Pobre diablo... —suspiró lentamente el policía—. Irwin Wallace, el amante de Judith Coole... Víctima del vitriolo que arrojó Seymour Coole sobre su cara, se escondió en la personalidad de un humilde conserje nocturno del viejo teatro... En realidad, Yancy Carey nunca existió. Era un ente de ficción. Tampoco existía el llamado «fantasma del Morgue Hall», deambulando por entre las sombras.

—No... —musitó Jason, pensativo—. Estaba allí, a la vista de todos... esperando.

—¿El sabía que Marjorie había de volver al teatro? —preguntó tímidamente Opale, muy aferrada al brazo de Jason, temerosa quizá de deambular, una vez más, entre los muertos, aunque fuese ahora en el depósito de cadáveres de Londres.

—El conocía a Marjorie Maxwell por otro nombre, en los viejos tiempos. La rubia matrona, evidentemente, había cambiado de aspecto en esos años. Engañó inicialmente a Carey Wallace. Pero él tenía el presentimiento de que ella, la lesbiana que mató en el pasado a Judith Coole, había vuelto al teatro. Y vigilaba, esperaba...

—Por fin, vio cumplidos sus deseos...

—Sí —Jason Fry respiró con fuerza—. Lo malo es que Yvonne lo descubrió antes que él, y trató de sacar partido del secreto. Fracasó. Marjorie no toleraba coacciones, y mató a la partenaire del Doctor Mistery. Más tarde, a éste, cuando él comprendió que solamente Marjorie era capaz de aproximarse a la cesta de «Killer» sin temor, y dejar escapar al reptil... Para entonces, Wallace ya sabía que ella era la culpable, y aunque su idea de asustarla con el cadáver robado de este depósito fracasó lamentablemente, asustando en cambio a Opale, pensaba que la aparición y desaparición de extraño cadáver lograría asustarla o, cuando menos, preocuparla.

—¿Y... la preocupó, realmente? —puso en duda Opale, mirándole fijamente, mientras seguían su camino hacia la salida.

—Quizá —Jason se encogió de hombros, deteniéndose junto a otra mesa, alzando una sábana y encarándose con el cuerpo dislocado, de triturado esqueleto, de la propia Marjorie. Opale desvió vivamente sus ojos, impresionada. El joven policía siguió—: Marjorie era una mujer tan cruel

como inteligente y decidida. Se dio cuenta de que Wallace, finalmente, la había encontrado e identificado. Iba a ser un duelo a muerte, dentro de los muros de ese teatro. Su idea era asesinar a Wallace, y culpar de ello al reptil. Ahora sabemos la rara fuerza física que ese monstruo femenino poseía... Creo, Opale, que tu sueño de aquella noche, el que me contaste que tuviste, con Marjorie Maxwell, no fue resultado de ninguna droga dada por el doctor Johnson, sino un auténtico sueño premonitorio. En él, tuviste un aviso, una advertencia onírica sobre el peligro cierto que representaba Marjorie en tu vida, pese a parecer amiga tuya y digna de confianza...

Cayó también la sábana sobre el cadáver de la mujer que un día, quince años atrás, matara a otra mujer y desencadenara una tragedia culminada ahora en el teatro de los horrores del Soho londinense. Los tres siguieron adelante, saliendo del depósito, y encaminándose ya hacia el exterior, hacia la luz del día, por el largo, lúgubre corredor de la Morgue.

—Y ahora que todo se ha terminado... —el inspector Blakely se volvió hacia Opale, con gesto cordial—. ¿Qué ha pensado hacer en el futuro, señorita Bentley?

—¿El futuro? —ella le contempló, curiosa—. ¿A qué se refiere, inspector?

—A su vida artística, claro —sonrió el policía—, A su carrera de actriz...

—No sé... —Opale desvió la mirada—. Ya no siento deseos de seguir representando esa clase de obras. Me traerían mal recuerdo...

—¿Ni siquiera aunque Herbert Lee estrene mi obra? —sonrió de buena gana Jason Fry.

—No, ni siquiera así —confirmó ella, rotunda.

—Hay otro teatro más digno: clásicos, comedia, drama... —aventuró Blakely.

—Me temo que no siga la carrera del arte —suspiró Opale Bentley—. Hay veces en la vida, en que una mujer debe decidir entre su vocación y otras cosas...

—¿Por qué, querida? —objetó Jason, muy serio—. Soy un hombre comprensivo. Sabré ser también un esposo complaciente. Si deseas seguir esa vocación...

—No, Jason —ella le sujetó con fuerza, le miró fijamente a los ojos, y dibujó una dulce sonrisa en su rostro—. Tengo otra vocación ahora, y es la de ser la señora Fry. Creo que la esposa de un policía... y aristócrata, además... no podría compaginar su carrera artística, con sus deberes del hogar. Y el esposo, el hogar... están por encima de todo lo demás...

Jason Fry la estrechó contra sí. Besó sus labios.

El inspector Blakely sacudió la cabeza con desalienta.

—Es demoledor —murmuró con un suspiro—. El amor, el matrimonio, son capaces de terminar con todo Incluso con el arte...

Pero ellos no le oían. Y el inspector Nicholas Blakely decidió alejarse sin decir más. En realidad, tampoco ellos llegaron a enterarse.

FIN